

cortésia de



siglo veintiuno
editores

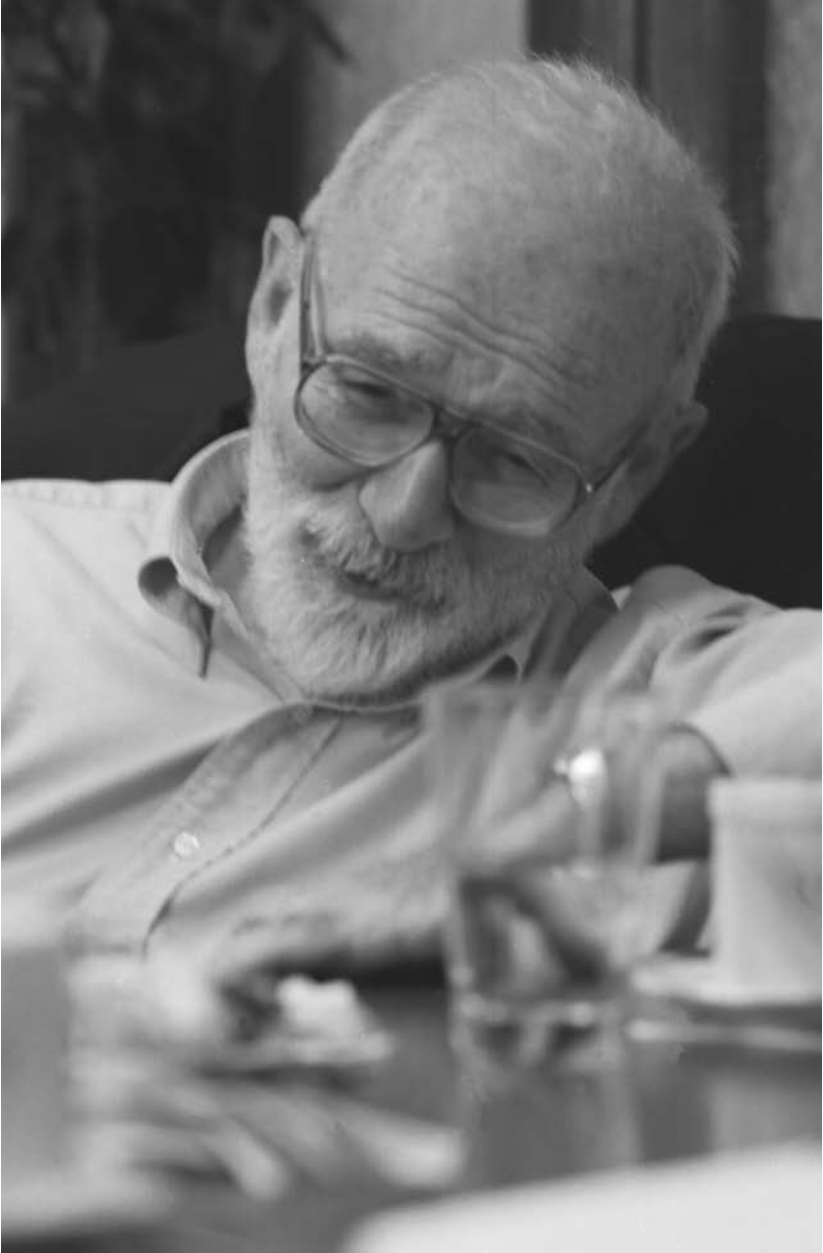


Foto: Piroska Csuri.

el hombre y sus obras

cortésia de



siglo veintiuno
editores

SON MEMORIAS

tulio halperin donghi

cortés de
 **siglo veintiuno**
editores

 **siglo veintiuno**
editores

 **siglo veintiuno**
editores

Siglo XXI editores Argentina s.a.

Tucumán 1621 7° (C1050AAG), Buenos Aires, Argentina

Siglo XXI editores, s.a. de c.v.

Cerro del agua 248, Delegación Coyoacán, 04310, México, D.F.

Siglo XXI de España editores, s.a

Príncipe de Vergara 78, 2° (28006) Madrid, España.

Halperin Donghi, Tulio

Son memorias - 1a ed. - Buenos Aires : Siglo XXI Editores Argentina, 2008.

312 p. : il. ; 23x16 cm. (El Hombre y sus Obras)

ISBN 978-987-1220-90-8

1. Memorias. I. Título

CDD 920

© 2008, Siglo XXI Editores Argentina S.A.

Diseño de interior: tholón kunst

Diseño de portada: Peter Tjebbes

1ª edición argentina: 2008

ISBN 978-987-1220-90-8

Impreso en Grafignor S.A.

Lamadrid 1576, Villa Ballester,

en septiembre de 2008.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina // Made in Argentina

Índice

Palabras preliminares	9
¿Son memorias?	13
Familias	21
Infancia I	41
Infancia II	65
Los años del Colegio: ingreso en el mundo	93
Una estación a la deriva	133
¿Por qué Historia?	177
Años de aprendizaje I	185
Años de aprendizaje II	219
Viraje	263
Epílogo	301

cortésia de



siglo veintiuno
editores

Años de aprendizaje II

Sólo sentí plenamente lo que significaba la noticia que me había dado mamá en Montevideo al encontrarme de nuevo en casa, que era desde ese momento el lugar del que papá iba a estar para siempre ausente, y en el que la descubrí a ella por primera vez anonadada frente a un golpe del destino; viuda al entrar en la cincuentena, mientras se hacía cada vez más precaria su posición en la enseñanza, en torno a la cual había terminado por organizar su vida, debía encarar bajo los peores auspicios imaginables una prematura transición hacia una nueva etapa en la que del futuro no podría esperar ya la más plena realización de los proyectos hacia los cuales había venido orientándose, y sí en cambio una erosión progresiva de lo que de ellos había podido realizar hasta el presente. Por su parte mi hermana, que la había sostenido y la seguía sosteniendo con admirable entereza en ese trance tan difícil, veía abrirse ante ella un futuro mucho menos problemático: estaba en efecto avanzando exitosamente en sus estudios de química y tenía planeado casarse una vez que los concluyera. Mi situación era muy distinta, y a mi retorno caí en un abatimiento que me dejaba con escaso ánimo para reanudar mi programa de estudios con el ritmo febril que luego de la muerte de papá me era aún más indispensable recuperar. Mamá me propuso entonces que, sin pensar por el momento en mis problemas de largo plazo, me entretuviera rindiendo un par de materias de la carrera de Historia cuya preparación no me planteara dificultades demasiado serias. Así lo hice, y haber cosechado sin esfuerzo un par de sobresalientes me devolvió el ímpetu que necesitaba para seguir avanzando en esa carrera al ritmo que más que nunca necesitaba mantener.

Mientras en Derecho sólo debía cursar el seminario de fin de carrera, para lo cual había ya decidido inscribirme en el de Filosofía del Derecho que dictaba Carlos Cossio, ahora era en Filosofía y Letras donde de-

bía concentrar mis esfuerzos por completar en un mínimo de tiempo los cursos que me faltaban del plan de estudios de Historia, que eran casi todos. La experiencia que así comenzaba iba a ser muy distinta de la que había transcurrido en Derecho, y aunque algo influyó en eso que la ausencia de exámenes mensuales sólo permitiera avanzar en el curriculum de historia a un ritmo menos inhumano que el que me había impuesto en la carrera de leyes, lo decisivo fue que ahora me interesaba de veras lo que estaba haciendo, tanto en los temas que no me resultaban del todo nuevos como en aquellos en los que era totalmente bisiño. Aunque, dados los plazos que me había fijado, también ahora aprobé casi todos los cursos como estudiante libre, me tomé tiempo para cursar como regular algunos que me interesaban especialmente; así el de Historia Antigua, en el que Alberto Freixas se ocupó de los comienzos del Imperio de Oriente, desde Constantino hasta Justiniano, y desde luego los ofrecidos por don Claudio Sánchez-Albornoz, tal como ya me había recomendado José Luis Romero cuando por primera vez lo consulté sobre mi proyecto de hacerme historiador. Con él cursé, a más del admirable curso de historia institucional del medioevo leonés y castellano que ofrecía canónicamente todos los años, uno de historia moderna, cátedra que no recuerdo por qué circunstancia había quedado temporalmente a su cargo, en el que se divirtió –y nos divirtió– mucho encarando de modo bastante más anecdótico la historia del reinado de Felipe II. A éstos se agregaron sólo dos de Ángel Castellan, uno de Historia de la Historiografía en el que se ocupó de la crónica florentina desde Compagni hasta Guicciardini y luego otro dedicado a la antropología filosófica del Renacimiento italiano que ofreció como el curso de Perfeccionamiento en Historia que acababa de ser incluido en el plan de estudios junto con otro de Perfeccionamiento en Letras para acompañar al de Perfeccionamiento en Filosofía, creado para el padre Hernán Benítez, que al caer de ciertas tardes atraía a la Facultad a un exótico público de damas tan elegantemente ataviadas como las que por entonces solían aún frecuentar la cercana sede de Amigos del Arte.

No había pensado hacerlo, pero al concurrir a una clase del primero de esos cursos descubrí que en Castellan había encontrado a alguien que tenía mucho que ofrecer, lo que no impedía que su figura me recordara con absurda insistencia la de *Jude the Obscure*, el protagonista de la novela de ese título de Thomas Hardy, que había aspirado en vano a estudiar en Oxford o Cambridge, y toda su vida se había consumido en

un amor a distancia –y por lo tanto imposible de consumir– por el mundo de la cultura. Lo que Castellan, que vivía desde su más extrema juventud inmerso en ese mundo, tenía a pesar de ello en común con el melancólico Jude inventado por Hardy se reflejaba en su algo indiferenciada curiosidad por los más recónditos recovecos del saber erudito, que sugería que frente a él conservaba intacto el deslumbramiento de quien lo contemplara desde afuera. Él mismo me iba a revelar la clave de su compleja relación con el mundo de la cultura unos años después, durante la turbulenta etapa que en la Universidad siguió a la caída del primer peronismo, en la que pareció por un momento condenado a perder las posiciones que había conquistado en la de Buenos Aires. Como me consultaran entonces desde la de Córdoba si sabía de algún candidato dispuesto a tomar a su cargo las cátedras de Historia Moderna en los términos excepcionalmente atractivos que estaban dispuestos a ofrecerle, le pregunté si eso podía interesarle, y tras agradecerme muy efusivamente que se me hubiera ocurrido hacerlo me informó que por desdicha le era imposible aceptar esa posición porque (fueron textualmente sus palabras) “yo soy por encima de todo un hombre de Bernal”.

Como tal era una suerte de anacronismo viviente; en efecto, la trayectoria que se reflejaba en esa doble pertenencia a un mundo suburbano en que era todavía reconocible el de Carriego y a un mundo erudito un poco anémico en su exquisito refinamiento había sido más habitual en la generación de mis padres que en las que vinieron luego. Pero si él no percibía problema alguno en todo eso, cuando tomé contacto con él vivía mucho más problemáticamente su relación con el contexto universitario en que le tocaba ahora actuar gracias a que había iniciado su evolución ideológica bajo el signo del catolicismo antimoderno cuando éste estaba aún viviendo sus últimos esplendores. Fue sin duda ese remoto antecedente el que facilitó su incorporación al profesorado universitario en la etapa en que –como recuerda en sus *Memorias* Marcelo Sánchez Sorondo– Perón, después de cerrar a los nacionalistas el camino de la acción pública, les abrió un campo de acción alternativo en la Universidad y en la política cultural del Estado.* Ocurre que Caste-

* Marcelo Sánchez Sorondo, *Memorias. Conversaciones con Carlos Payá*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001, p. 89.

llan, que sentía muy escasa estima por casi todos los que se habían incorporado a la docencia universitaria junto con él, sabía que estaba siendo apriorísticamente englobado en ese juicio negativo por los muchos que lo compartían tanto dentro como fuera de la Universidad, y también eso se reflejaba en las reticencias que marcaban la relación que él estableció conmigo y yo con él: mientras yo nunca le dije que encontraba bastante duro que al discutir mis expectativas de futuro él se refiriese a mi exclusión de la universidad como si formara parte del orden natural de cosas (recuerdo la mirada compasiva que me dirigió cuando le dije en 1954 que quizá la situación podría revertirse en cuanto a esto), él por su parte nunca comentó explícitamente que la situación en ese aspecto tan desdichada en la que yo había venido a quedar colocado me había a la vez abierto el acceso a ámbitos que le estaban vedados (aunque se acercó mucho a hacerlo cuando, para esas mismas fechas, tras decirme cuánto le había gustado la tesis que yo acababa de entregar en la Facultad para ser juzgada por un tribunal del que él iba a formar parte, agregó en tono decididamente menos cordial “y desde luego usted no va a tener ninguna dificultad en publicarla”).

Si me he detenido en este episodio de mi paso por la carrera de Historia no es sólo porque fue uno de los muy escasos que me dejaron un saldo positivo, sino más aún porque en él se reflejan de modo bastante claro los cambios que el paso del tiempo estaba introduciendo en la situación de los marginados por el nuevo orden político. Mientras la vigilancia requerida para defender a quienes lo estábamos de cualquier tentación de incurrir en las conductas claudicantes que nos hubieran permitido quizás escapar a esa marginación se tornaba cada vez más necesaria frente a un nuevo orden que no cesaba de expandir las áreas que reorganizaba bajo su sello, la introducción del requisito de afiliación partidaria, al hacer de la adquisición del número correspondiente la prueba por excelencia de que esa claudicación había en efecto tenido lugar, vino a hacer admisibles para quienes se resistían a adquirirlo contactos hasta poco antes tenidos por inaceptables, que contribuían a introducir en el ríspido paisaje político de la Argentina surgida de la revolución peronista zonas de penumbra en las cuales el abismo que separaba a oficialismo de oposición se atenuaba para hacer posibles contactos como el que acabo de evocar, en que las mutuas reticencias no eran incompatibles con la mutua estima. Era ésta una deriva que podía haber quizá llevado a una situación comparable a la que había cono-

cido Italia en los años centrales de la era fascista, pero –aunque no iban a faltar luego algunos signos de que en efecto se estaba avanzando en esa dirección– esos avances se verían pronto frustrados por el arremolinarse de obstáculos cada vez más abrumadores en el camino del régimen peronista, pero quizá más aún por los efectos de las imprevisibles reacciones que frente a ellos fue improvisando la voluble imaginación política de su fundador y líder, que hicieron cada vez más difícil –y finalmente imposible– a ese régimen consolidarse sobre líneas estables.

Donde deseché de antemano la posibilidad de seguir como alumno regular fue en los cursos de Historia Americana y Argentina, y eso me originó problemas que no iban a plantearse en otros campos. Cuando al presentarme a rendir Historia de América anuncié al profesor Torre Revello mi propósito de hacerlo como libre y me repuso que sin duda yo sabía a qué me exponía al hacerlo, lo interpreté como un signo claro de que había decidido ya aplazarme, y puesto que no tenía nada que perder se me ocurrió replicarle que no lo sabía, pero él sin duda me lo iba a explicar. Aunque sólo me contestó con un gruñido, creo que a esa réplica cuya insolencia le hizo quizá prever que no lograría hacerlo sin escándalo le debo haber pasado ese examen con un bueno. No tuve tanta fortuna en el de Historia Argentina, en el que el profesor Gabriel Puentes me aplazó después de interrogarme sobre Echeverría, lo que me indignó bastante y me decidió a hablar con el decano, que era en ese momento Federico Daus, de cuyos cursos de geografía en el Colegio conservaba un excelente recuerdo. Me recibió muy amablemente pero al parecer di rienda demasiado suelta a mi indignación porque se limitó a observarme que si gritaba así por lo que me había pasado qué reservaba para cuando me pasara de veras algo serio. Aunque no me anunció que se propusiese intervenir en el asunto, sólo a su intervención puedo atribuir que cuando me presenté a repetir el examen encontrara a un Puentes totalmente transformado, que ya antes de cruzar la puerta me informó en el tono más amable –y como él sabía perfectamente, de modo del todo innecesario– que lamentablemente rindiendo como libre debía someterme a la formalidad de un examen escrito. Integraba la mesa examinadora Héctor Sáenz y Quesada, entonces a cargo del curso de Historia Contemporánea, quien era a la vez que un nazi impenitente un encantador *clubman*, dueño de un malicioso sentido del humor que en esa ocasión lo incitó a recordar a Puentes, apenas pasé a dar el oral, que el reglamento establecía que por

ser yo alumno libre ese examen debía durar un mínimo de 45 minutos (un requisito que se cumplía tan poco que –después de haber rendido no sé cuántos exámenes en ese carácter– yo ignoraba del todo su existencia), y luego de eso se encerró en un sonriente silencio, mientras Puentes buscaba afanosamente durante esos interminables tres cuartos de hora los nuevos temas que debían salvarnos de caer en un prematuro mutismo.

Ese par de experiencias me confirmó que, como había sospechado de antemano, me era imprescindible buscar un padrino de tesis fuera del campo histórico al que pensaba dedicarme, y decidí entonces preguntar a don Claudio Sánchez-Albornoz si estaba dispuesto a desempeñar ese papel. Don Claudio, con gran generosidad, accedió de inmediato, y desde entonces comencé a pasar buena parte de los ratos libres que me dejaban los cursos que seguía en la Facultad en su Instituto de Historia de España, donde fui hospitalariamente acogido por las investigadoras de planta, que a más de sus trabajos específicos habían tomado a su cargo el muy absorbente de cuidar y mimar a don Claudio. Alguna vez me tocó sumarme a ellas en una expedición capitaneada por éste, que tenía por objetivo la compra de un sombrero nuevo para el director del Instituto, y en otra ocasión participé en su fiesta de cumpleaños, en su departamento de la calle Anchorena, en la que recibía a sus invitados envuelto en su capa morada de miembro de la Academia Española de la Historia, en un gesto que ostentosamente ignoraba la expulsión fulminada contra él por las autoridades puestas al frente de la institución luego del triunfo del franquismo.

Don Claudio estaba ya enfrascado en la empresa que sus auxiliares llamaban del Anti-Castro, pero que era menos una tentativa de refutación puntual de la visión de la historia de España que venía elaborando Américo Castro a partir de su *España en su historia*, publicada en 1948, que la elaboración de la visión alternativa desplegada y exhaustivamente fundamentada en 1956 en los dos macizos volúmenes de su *España, un enigma histórico*. Esa polémica me podía haber creado un delicado problema en un instituto apasionadamente identificado con las posiciones de su director, pero por fortuna fue éste quien me eximió de sumarme a las huestes ardientemente movilizadas en su defensa, asegurándome que comprendía perfectamente –y no le molestaba en absoluto– que mis compromisos familiares me vedaran hacerlo.

En el marco de la universidad peronista el Instituto de Historia de España gozaba de una suerte de estatuto de extraterritorialidad, que no se reflejaba tan sólo en que se convirtiera algunas veces en sede de una tertulia republicana que recordaba las de cesantes evocadas por Galdós en más de un volumen de sus *Episodios Nacionales*, sino en el desenfado con que casi todas las tardes el personal visitante desde institutos vecinos comentaba las novedades políticas de la escena nacional y la universitaria. Don Claudio, que no se prohibía participar en esos comentarios, lo hacía en actitud más distante, e invocando siempre su rica experiencia, un poco como supongo que lo hace la soberana inglesa cuando usa de su derecho de *advise, guide and warn* a sus sucesivos primeros ministros. Sobre esos términos había establecido una relación muy cordial con el padre Benítez, a quien durante la delirante última etapa del régimen peronista no se cansaba de advertir, invocando una vez más esa experiencia, que la carne de cura suele resultar indigesta, y a quien siguió abrazando efusivamente cada vez que se encontraban en el vestíbulo de la Facultad durante las breves semanas en que, triunfante ya la revolución de 1955, quien había sido confesor de Eva Perón siguió para sorpresa general dictando sus clases a un séquito femenino apenas raleado por el cambio de circunstancias.

Ya antes de todo eso pudimos medir a través de otro episodio en el que tuvo también parte el padre Benítez hasta dónde llegaba el privilegio de extraterritorialidad del que gozaba don Claudio. Era en los últimos meses de la agonía de Eva Perón, y frente a la Facultad en la calle Viamonte el altoparlante de una unidad básica del Partido femenino hacía oír incansablemente una monótona cantinela en homenaje a la Abanderada de los Humildes. En algún momento ese insistente ritornelo resultó demasiado para don Claudio, quien, desoyendo las protestas de sus aterrorizadas colaboradoras, les ordenó que discaran el número del padre Benítez y, tras declararle que estaba ya harto de oír “es el pueblo que te ama, Eva Perón, Eva Perón, Eva Perón” y “es el pueblo que te aclama, Eva Perón, Eva Perón, Eva Perón”, terminó suplicándole que hiciera callar a “esas putas”, y para nuestra sorpresa (y alivio) a los dos minutos se hizo un silencio que ya no sería interrumpido.

El privilegio del que gozaba don Claudio sin duda debía bastante a que en casi todos los temas la orientación de quien era en ese momento Presidente en el exilio de la República Española no hubiera podido ser más conservadora (ya durante los breves meses en que había ocupado

la embajada en Portugal el doctor Salazar había podido descubrir en sus muy conversados encuentros con el representante del gobierno del Frente Popular cuántos eran los campos en que ambos mantenían puntos de vista coincidentes), y sin duda esa básica incongruencia entre una militancia política juzgada tan radicalmente subversiva que en su país de origen había hecho de él una *non-person*, y un modo instintivo de ver el mundo totalmente opuesto al que sería esperable de quien ejerciera esa militancia contribuyó más que ningún otro factor a que sus opiniones fueran juzgadas demasiado extravagantes para que tuviera sentido esperar que se adecuaran a la disciplina ideológica y política que intentaban imponer –desde luego que con criterios opuestos– tanto el régimen como sus adversarios.

Guiándome por mis recuerdos, concluyo que la situación, tal como la vivíamos en la Facultad quienes no éramos don Claudio, y debíamos guiar nuestra conducta por pautas más estrictas que las válidas para él, se presentaba como sustancialmente estancada. Eso era tanto más notable porque en el año y medio que separó mi retorno de Italia de mi partida a Francia comenzaron a hacerse visibles los primeros signos precursores de la crisis final del primer peronismo; ya antes de la muerte y apoteosis de Eva Perón –que suele ser vista retrospectivamente como el punto de inflexión en la parábola de ascenso y caída del régimen–, al brusco anticlímax que puso fin a la campaña lanzada por la CGT en favor de su candidatura a la vicepresidencia, y a la fracasada revolución que capitaneó el general Menéndez (que revelaron por igual la presencia de hasta entonces insospechadas líneas de falla en el frente militar), había seguido la abrumadora victoria electoral de la resurrecta fórmula Perón-Quijano, que al duplicar los votos de la opositora cuando se habían apagado ya las últimas luces de la fiesta peronista parecía probar acabadamente que no sería nunca el veredicto del sufragio universal el que pondría fin al régimen que había instalado en el poder en 1946, todo lo cual sugería que el país comenzaba a ser apresado entre los dos términos de un dilema comparable al que había intentado quebrar el 6 de septiembre de 1930.

Si todos esos anuncios de tormenta no lograron sacudir la sensación de vivir en un mundo estancado algo influyó sin duda en ello la eficacia con que el régimen logró llenar el centro de la escena pública con una cada vez más tupida red de símbolos y rituales a través de los cuales era la entera nación la que aparecía ofreciéndole el monolítico apoyo que

hubiera debido hacerlo invulnerable a cualquier acechanza del destino, relegando así a todo lo que hubiera podido sugerir alguna duda sobre la validez de esa atrevida apuesta sobre el futuro a un trasfondo demasiado remoto para que no permaneciera inadvertido. Pero creo que más aún influía que, cuando el régimen se reveló capaz de atravesar indemne la prueba de fuego que significó el fin de la prosperidad que lo había engendrado y sostenido hasta entonces, quienes habíamos sobrevivido ya por años en sus márgenes comenzamos a desesperar de que la crisis en la que podían o no desembocar las tensiones que comenzaban a aflorar en esa nueva etapa nos alcanzara en tiempo útil para rescatarnos de esa marginalidad a la que por otra parte habíamos comenzado a acostumbrarnos.

Era éste un estado de ánimo demasiado complejo y ambiguo para que pueda confiar en reconstruirlo apoyándome en una memoria que lo alberga a la manera de una capa geológica oculta bajo los sedimentos acumulados en el más de medio siglo que la separa de él. Por tal razón, renunciando a abordar esa tarea quizás imposible, me limitaré a mencionar lo que puede acaso ofrecer una clave para quien quiera emprenderla señalando que cuando leí *El examen*, la largamente inédita novela de Julio Cortázar, me pareció reconocer de inmediato el olvidado sabor de lo que entonces había vivido. Como en el relato cortazariano, nuestra marginalidad era aceptada como un aspecto del orden natural en un país que se nos había hecho irremediablemente ajeno, mientras la conciencia, que seguía siendo muy viva, de todo lo que nos separaba de quienes no lo tenían por tal no nos inspiraba ninguna reacción más militante que la aceptación resignada de su ubicua presencia.

Era esa reacción, en la cual la conciencia de una irreductible ajениdad estaba curiosamente desprovista de cualquier corolario hostil, la que suscitaba en mí la empleada de la biblioteca de la Facultad que nos entregaba y recogía de vuelta los libros bajo un póster de Eva Perón cuyo dibujante había puesto mucho menos esfuerzo en trazar los rasgos de su perfil que en hacer plena justicia a su laborioso peinado, ese *casque d'or* que en la figura por ella asumida en su última etapa evocaba el que corona las imágenes de Palas Atenea. Me fascinaba que esa evidente solterona se presentara cada mañana coronada su cabeza por un peinado que reproducía minuciosamente el de esa última encarnación de la Dama de la Esperanza, y aún más que cada vez que retornaba a la quietud luego de entregar o recibir algún libro volviera a mostrarnos su

perfil inclinado en el ángulo exacto del retrato bajo cuya égida se deslizaban sus días. Me gustaba entonces fantasear acerca de la experiencia de vida de quien buscaba así realizarse fundiéndose con esa personalidad abrumadora, proyectándola sobre un trasfondo parecido al asignado en algunos relatos de Maupassant a la de otros personajes cuyos días estaban también ellos marcados por la sofocante monotonía para la cual, según había yo decidido, ella había encontrado compensación imaginaria en esa identificación exorbitante.

Esa ausencia de hostilidad era sobre todo fruto de la fatiga producida por años de afrontar una situación difícilmente soportable que no cabía ya esperar que fuese a disiparse en un futuro cercano, y que por añadidura se hacía sentir con cada vez más fuerza. Si esa fatiga, que había minado progresivamente lo que del espíritu combativo desplegado en 1945 había sobrevivido al sombrío anticlímax que significó la victoria electoral del peronismo, no inspiraba ningún esfuerzo de nuestra parte por darnos una razón de lo que luego iba a ser explorado por décadas bajo el rubro del “hecho peronista”, no dejaba por eso de responder a su modo a la contundencia creciente con que ese hecho marcaba nuestro entorno, reflejada del modo más convincente en la eficacia con que el régimen estaba introduciendo una nueva disciplina para tiempos de escasez, y si podía acudir con éxito para ello a un estilo de gobierno cada vez más dispuesto a aguzar sus aristas represivas, era porque seguía contando con el firme apoyo de quienes se habían identificado con él durante la pasada prosperidad, y misteriosamente se lo seguían otorgando cuando parecían desvanecerse las razones para hacerlo.

Eran ya los tiempos del pan de mijo y de la creciente escasez de carne, y a mi retorno de Italia me tocó empezar mis días en la cola que se organizaba todas las mañanas frente a la todavía cerrada carnicería, cuyo verdadero propósito debía disimularse por indicación policial tomando por punto de partida para ella el poste que marcaba la parada de un colectivo, y de la que con demasiada frecuencia volvía con sólo un pedazo de hígado o algunos de los bifés de corazón que la penuria de los tiempos estaba incorporando a la dieta porteña. Pero si esa penuria pudo todavía ser administrada por más de un año con notable eficacia, mientras se multiplicaban en carnicerías, almacenes y panaderías los inmensos carteles que anunciaban en letra menuda los precios máximos fijados para cada vez más artículos, era porque entre quienes nos esforzábamos por adaptarnos a esas nuevas disciplinas había quienes no

lo hacían inspirados tan sólo por el temor reverencial que inspiraba el nombre del ya legendario comisario Gamboa, encargado de sancionar con la máxima severidad cualquier desviación de las nuevas normas, sino más aún por el afán de contribuir bajo la guía de ese esforzado servidor del régimen a que éste superara sin daño una etapa adversa que querían creer pasajera.

Los que, cada vez más eficazmente marginados por un régimen que había desmentido ya demasiados pronósticos de ruina, no osábamos ya esperar que los nuevos obstáculos que encontraba en su camino lo empujaran hacia su tantas veces demorada crisis final, comenzábamos a consagrar al proceso político del que éramos víctimas una atención menos obsesiva que la que hasta entonces habíamos puesto en seguirlo. Si esa fatiga no nos llevaba todavía a admitir que una derrota ya irrevocable había venido a definir de modo igualmente irrevocable el papel que nos había sido asignado en la vida argentina, era porque la extravagancia que a menudo caracterizaba a la acción gubernamental, aún más acentuada desde que el fin de la prosperidad la obligaba a afrontar dilemas que hubiera querido pero no podía ya seguir esquivando, al hacer más fácil estilizarla sobre las líneas de un estafalario teatro del absurdo, nos hacía innecesario seguir buscando un sentido para ese drama en que nos había tocado la peor parte.

Los curiosos rituales que había visto practicar en la piscina de la Facultad de Derecho habían, en efecto, reflejado tan sólo los primeros avances en un rumbo que no iba ya a ser abandonado; por esa ruta se sucedieron un inolvidable episodio en el cual –cuando la penuria hacía cada vez más difícil mantener las importaciones de combustible– un audaz salto adelante prometía poner a nuestro alcance la energía liberada por la fusión nuclear, convenientemente fraccionada para uso doméstico, y otro menos frecuentemente recordado en el que, con la presencia de un edecán presidencial, una multitud se reunió en el Luna Park para negar la divinidad de Jesucristo, compensado a su vez sólo unos días más tarde por el edificante espectáculo ofrecido por el primer magistrado y su esposa, cuando avanzaron de rodillas para compartir el pan de los ángeles en el solemne marco de un Congreso Eucarístico Nacional.

Pero fue el duelo que siguió a la muerte de Eva Perón el que nos proporcionó las más abundantes ocasiones para confirmar ese interesado diagnóstico, algunas de ellas capaces de sobrevivir largamente en más de una memoria; así, mientras todavía cuatro décadas después, al hablar en

el acto conmemorativo del centenario de la fundación de la Facultad, David Viñas no utilizó la ocasión, como a veces lo hace, para denunciar a buena parte de los presentes como lacayos de la burguesía, y prefirió en cambio evocar la colección de corbatas negras colgadas durante ese remoto período de luto en el baño de profesores para uso de quienes no habían tenido la precaución de traer una en el bolsillo, por mi parte lo primero que a más de medio siglo de distancia me trae el recuerdo acerca de ese mismo período es el misterioso silencio en que para nuestro desconcierto se hundió en medio de una clase el profesor Freixas, demasiado avergonzado para anunciar al dar las seis de la tarde que, tal como acababan de disponerlo las autoridades universitarias, debía interrumpirla por cinco interminables minutos en signo de duelo por el ingreso en la inmortalidad de la Jefa Espiritual de la Nación. Pero precisamente fue esa fúnebre etapa la que hubiera debido hacer evidente lo que tenía de inadecuado ese diagnóstico, que Borges iba a canonizar en el título (*L'illusion comique*) que eligió para el texto en el que por primera vez desplegó su visión retrospectiva de la etapa cerrada en 1955: lo que Buenos Aires vivió en esas lúgubres semanas reveló la gravitación abrumadora de una maciza presencia que no tenía desde luego nada de ilusorio, y –aunque conocía ocasionalmente derivaciones que daban pie a la burla de quienes las contemplaban con ánimo hostil– tampoco de cómico. Si bien en este punto la transposición más mítica que paródica que Cortázar ofreció de lo visto y vivido en ellas en *El examen* resulta retrospectivamente mucho más convincente, eso no impide que –también retrospectivamente– nuestra inclinación a transponer a un plano de farsa la experiencia de vivir una situación que nos resultaba cada vez más difícil soportar y que nos era igualmente difícil imaginar que pudiera revertirse parezca también ella del todo comprensible, ya que sólo esa visión fuertemente sesgada hacía posible ocultar, aunque más no fuera a nosotros mismos, bajo un barniz de altivez desdeñosa, la mucho menos confesable tentación escapista de ceder al enemigo el teatro de una batalla en la que temíamos haber sido irrevocablemente derrotados.

Porque todo sugería que no era sólo el temor de provocar las reacciones de un régimen cada vez menos tolerante de cualquier desafío el que se reflejaba en la última encarnación del Colegio Libre, en el que un fiel público de damas del barrio llenaba el salón alquilado en el elegante local que todavía hoy conserva la Sociedad Científica sobre Santa Fe entre Cerrito y Libertad para oír a Jorge Luis Borges hablar sobre

antiguas literaturas anglosajonas o a Vicente Fatone sobre la existencia humana y sus filósofos, pero quizá de modo aún más claro en la creciente popularidad de los cursos de apreciación de las bellas artes organizados por Jorge Romero Brest desde la asociación Ver y Estimar, que por un momento parecieron acercarse a desencadenar un fenómeno de masas. Y lo que me dice la memoria sobre mi etapa de estudiante en la Facultad de Filosofía sugiere que en la fracción de mis compañeros y compañeras que sentía estar viviendo un momento crítico en la vida del país (mucho más reducida en ella que en las otras dos que había frecuentado) reinaba un parecido estado de ánimo.

Porque, en efecto, en Filosofía iba a encontrar los compañeros que no había buscado en Derecho. Entre ellos no predominarían los que como yo estudiaban Historia, que eran tenidos entonces por los más beocios entre quienes allí cursaban estudios; aunque es de entonces mi primer encuentro con Nicolás Sánchez-Albornoz, el hijo de don Claudio, nimbado entonces por el prestigio de su reciente fuga del Valle de los Caídos, donde había estado purgando una pesadísima condena luego de haber participado en la tentativa de relanzar desde la clandestinidad a la Federación Universitaria Española, eso no me ayudó tampoco a acercarme al círculo de estudiantes de la carrera que ambos cursábamos, porque Nicolás había armado su propio círculo en el sector anarquista del estudiantado, en el que volví a encontrarme con algunos conocidos de mis tiempos de Química.

Por mi parte yo iba a hacerme de otro más reducido a partir de mi encuentro con Rodolfo Borello, un estudiante de Letras oriundo de Catamarca que vivía en una pensión cercana a mi casa y con quien comenzamos por coincidir en el tranvía antes de mi partida a Italia. Cuando volví y retomé contacto con él, era ya muy activo en el Centro de Estudiantes, que si no recuerdo mal había sido ya por entonces despojado de su local en la Facultad y funcionaba precariamente en uno de la calle Las Heras, y en particular en su revista *Centro*, y me consta que aunque esa actividad, que suponía un abierto desafío a un régimen cada vez menos inclinado a tolerarlos, ocupaba buena parte de su tiempo y sin duda también de sus pensamientos, ella no gravitaba de modo perceptible en su manera más general de ver el mundo y menos aún en la de abordar la problemática de su campo de interés más específico.

Él y su futura esposa Alicia Pintos, también ella estudiante de Letras, formaban parte del grupo con quien a menudo recalaba en el bar Flo-

rida, y mientras conservo sólo un recuerdo confuso de los chismes de la facultad que tenían un lugar predominante en nuestras conversaciones, retengo uno mucho más vívido de una discusión inesperadamente seria que tuvimos entre los tres el lunes que siguió a la publicación en el suplemento literario de *La Nación* de los versos de Borges *A un poeta menor de la Antología*, que a Alicia y a mí nos habían deslumbrado. Rodolfo no recurrió a la palabra elitista porque todavía no se la usaba para fundamentar el violento rechazo que le inspiraba el amaramiento que decía encontrar insoportable en esos versos, y más aún en su rebuscado título (luego de releer el poema en Google lamentó decir que entiendo mejor que entonces lo que quería transmitirnos). Si recuerdo ahora esa discusión es porque ni por un momento se nos ocurrió vincular lo que en ella se debatía con los dilemas que en ese momento vivía la Argentina bajo el signo de la revolución peronista, y con los cuales la conexión parece hoy inmediatamente evidente, y no se nos ocurría hacerlo porque esa revolución, que gravitaba con peso cada vez más abrumador en nuestra experiencia cotidiana, era como si se desvaneciera en el aire apenas tomábamos distancia de ella.

Me parece ahora claro que eso reflejaba una incipiente modificación en el modo como los marginados vivíamos la relación con el régimen que nos negaba un lugar en el país que gobernaba, en la que comenzaban a perfilarse rasgos que habían estado también presentes en la antes establecida con el neoconservador heredero de la revolución de 1930. Si ese régimen, por lo menos en la etapa en que lo había administrado con mano maestra el general Justo, había logrado ser aceptado en los hechos como una de esas anecdóticas calamidades argentinas de las que sin duda sería deseable librarse si fuera menos difícil lograrlo, poco merecedora por lo tanto de ser tomada en serio en un mundo que se debatía entre opciones ideológicas que sí requerían ser tomadas de esa manera, el que había venido a reemplazarlo, aunque a diferencia de su predecesor no hacía esfuerzo alguno por hacerse aceptable a aquellos a quienes marginaba con creciente eficacia, no dejaba de aparecer también él como una anécdota excesivamente casera en el marco del redefinido conflicto de ideologías que desgarraba al mundo de la segunda posguerra, y que –puesto que esta vez su eventual estallido amenazaba poner fin a la existencia misma del género humano– requería ser tomado más en serio que nunca.

Sin duda, no faltaban quienes en esas circunstancias cada vez más difíciles no esquivaban seguir librando el buen combate luego de tantas derrotas. En 1951 el centenario de la muerte de Echeverría iba a ofrecerles la oportunidad de oponer su propia réplica al centenario de la de San Martín, que en 1950 había movilizado todos los recursos de propaganda del régimen al servicio de la identificación entre el Libertador y el Líder de la revolución peronista. Si contaban para ello con recursos infinitamente más reducidos que los movilizados por sus adversarios el año anterior, hubo un terreno en el que los superaron de lejos; en efecto, en 1951 vieron la luz siete libros de conmemoración de Echeverría que –avanzando sobre la línea interpretativa propuesta primero por Julio V. González en la década de 1920 y reformulada por José Luis Romero como primera respuesta a la victoria electoral del peronismo en 1946– convocaban a hacer del centenario de su muerte la oportunidad para una regeneradora peregrinación a las fuentes democráticas de la tradición ideológica que lo reconocía por fundador, y que según sugerían estaba ahora pagando el precio por haberse luego apartado demasiado de ellas. En esa empresa la contribución de militantes comunistas recuperó el peso que había alcanzado fugazmente en los años de la guerra (una de las consecuencias menores fue que, en el clima inesperadamente concorde generado por ese reencuentro luego de años de crecientes discrepancias, mi librito publicado en ese mismo año, que se alejaba bastante de esa interpretación del pensamiento echeverriano, encontró una recepción unánimemente fría: mientras *La Nación* no ocultó el desagrado que le inspiraba una obra tras la cual parecía percibir motivaciones poco claras, por lo que me dijo Natacha Henríquez Ureña, a punto entonces de partir definitivamente para México con su madre y su hermana, sus amigos comunistas usaban palabras bastante más severas para dar voz a una sospecha análoga). Pero muy pronto uno de los bruscos cambios de línea del Partido, que en esta oportunidad decidió tomar distancia de sus ocasionales aliados democrático-burgueses y acortarla con el régimen peronista,* mientras

* Una presentación breve pero muy aguda y admirablemente informada de todo el episodio la ofrece José M. Aricó en “Sobre la campaña de recordación echeverriana”, Apéndice 2 de *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, segunda edición, Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2005, pp. 180-186.

por su parte éste acentuaba cada vez más enérgicamente sus rasgos represivos, abrió una rápida transición luego de la cual como legado de esa “batalla por una nueva dirección, nacional-popular y democrática, de la cultura argentina” que iba a evocar tan eficazmente Pancho Aricó* sobrevivió tan sólo un apenas perceptible cambio de acento en la visión del pasado nacional en el que se apoyaba la acorralada oposición intelectual cada vez que encontraba oportunidad de hacerse oír.

Para entonces esas oportunidades eran tan escasas y aun en ellas el alcance al que podía aspirar la difusión del mensaje opositor tan limitado que su efecto no podía ir más allá de recordar a todos que –como lo confirmaba cada ocasión electoral– en los pliegues de la edificante imagen de una nación unánimemente encolumnada detrás de su conductor, que incansablemente proyectaban los medios del régimen, permanecía agazapado un irreductible tercio opositor. Si ésta era la significación del mensaje, ella estaba ya entera en el acto de enunciarlo, lo que lo hacía más cercano a una ceremonia ritual que a una ocasión para transmitir contenidos intelectuales, y es comprensible que ni siquiera quienes no dejábamos de agradecer que hubiera todavía celebrantes dispuestos a mantener en vida esos rituales creyéramos necesario prestar atención a esos contenidos, que no podían depararnos ya ninguna sorpresa, con lo cual el escapismo en el que nos inclinábamos cada vez más a refugiarnos no huía de nuestros adversarios, sino un poco también de nuestros paladines.

Que esas oportunidades fueran cada vez más escasas era sólo uno de los signos del avance inexorable hacia esa plena instauración de la “comunidad organizada” que en el gran discurso con que cerró en 1949 las sesiones del Congreso de Filosofía de Mendoza el general Perón había presentado como el objetivo final de su gobierno, y que también en muchos otros aspectos reducía cada vez más el espacio aún accesible a los marginados. En lo que nos tocaba más de cerca nada anticipó mejor hasta qué punto esa deriva podía estrechar nuestro horizonte que las consecuencias del conflicto en el que el gobierno peronista se había enzarzado con el del Uruguay, al que reprochaba entre otras cosas que concediera una hospitalidad demasiado amplia a los exiliados políticos que de nuevo habían buscado refugio en Montevideo. Desde que en re-

* En loc. cit. nota anterior, p. 180.

presalia vedó el acceso a ese país a quienes no hubieran obtenido el pasaporte del que había hecho un requisito para visitarlo, mientras José Luis Romero debió interrumpir los cursos que dictaba en la Universidad de la República, esa medida vino a crearnos un problema más casero cuando la administración de propiedades encargada de alquilar nuestra casita de Punta del Este nos informó telefónicamente que debido a la forzada desaparición de los turistas argentinos se había hecho imposible encontrar inquilinos para ella. Pero ni aun esa peripecia, que anticipaba un futuro de tensiones cada vez más insostenibles, me suscitó entonces la reacción angustiada que retrospectivamente se supondría esperable en esas circunstancias.

Tampoco me la inspiraba el paulatino empobrecimiento de ese mundillo cosmopolita que la guerra había improvisado en Buenos Aires, en el que iba a influir menos la acentuación de los aspectos represivos de la experiencia de gobierno peronista que los efectos sumados del fin de la breve prosperidad argentina y los comienzos del cuarto de siglo de impetuosa expansión económica mundial que iba a seguir a la inmediata posguerra. En 1947 Eva Perón había podido ser, en una Europa todavía famélica, la embajadora del país de la abundancia; todavía en 1949 el general Perón pudo contar entre el público de su discurso de Mendoza a la flor y nata de la filosofía del Viejo Continente, atraída por la oportunidad de pasar unas breves pero lucrativas semanas en ese país de cucaña, pero al año siguiente se hizo sentir ya de modo inequívoco el agotamiento de la onda expansiva que había venido acrecentando su velocidad por más de una década, entre cuyos efectos pronto íbamos a sentir los del inexorable opacamiento del papel de Buenos Aires como centro editorial, en un proceso que iba a acelerarse en la nueva década, cuando a los avances de la edición mexicana se sumaron los de la que resurgía vigorosamente en Barcelona.

Pero sobre la corriente de retornos al Viejo Mundo influyó menos esa incipiente decadencia editorial que la progresiva normalización de la situación en Europa continental, que hizo que gradualmente nos fueran dejando casi todos los que habían buscado aquí refugio durante la guerra, y puso fin brusco a la trayectoria por un momento brillante de la editorial Argos (para la cual todavía alcancé a hacer un par de traducciones) cuando una amnistía abrió a sus empresarios, afectados por las depuraciones que siguieron a la Liberación en Francia, la posibilidad de retornar a su país. Y mientras se empobrecía el escenario nacio-

nal, comenzaban a sentirse las primeras repercusiones de una internacionalización en el campo de las humanidades y las ciencias sociales que estaba destinada a avanzar cada vez más impetuosamente; en nuestro entorno más directo, Reissig estaba ahora ocupado en Washington en los programas de educación de la Organización de Estados Americanos, Raimundo Lida pasaba del Colegio de México a su destino final en Harvard por vía de la Ohio State University y Enrique Anderson Imbert se reunía con él allí mismo luego de una etapa en la universidad de Michigan en Ann Arbor, mientras Francisco Ayala nos dejaba por la de Río Piedras en Puerto Rico, para pasar luego a la de Chicago, y también por entonces, mientras una beca Guggenheim permitió a José Luis Romero trabajar por un año en los fondos medievales de la biblioteca Widener de Harvard, otra tuvo como consecuencia inesperada el alejamiento definitivo de María Rosa Lida, radicada en Berkeley desde que su casamiento con el eminente lingüista Yakov Malkiel, a quien conoció en el curso de esa beca, hizo que transcurriera la última etapa de su breve vida como una totalmente atípica *faculty wife* de esa comunidad universitaria.

Aunque yo no imaginaba por entonces que esas aperturas externas pudieran alguna vez constituir una alternativa frente a la cerrazón creciente del panorama nacional (cuando Francisco Ayala me propuso que lo acompañara a Puerto Rico para colaborar en sus proyectos editoriales no necesité reflexionar demasiado para declinar su invitación), ellas contribuían a hacer que encontráramos a esa cerrazón menos sofocante, y es aún más comprensible que así fuera cuando, encargado por el mismo Ayala de la edición prologada y anotada de *Facundo y Recuerdos de Provincia* destinada a la colección de Cultura Básica cuya dirección le había encomendado la editorial universitaria portorriqueña —que nunca iba a ver la luz, ya que de la proyectada colección sólo llegaron a publicarse los dos primeros títulos— descubrí que era posible ser remunerado por trabajos como ése con una generosidad totalmente desconocida en la Argentina.

Aunque comencé a evocar aquí todas estas circunstancias en un esfuerzo por hacerme comprensible a mí mismo no sólo que siguiera adelante con un proyecto personal que podía parecer a primera vista demasiado quijotesco, sino que lo hiciera con un ánimo más adecuado a quien lo afrontara en otras decididamente más favorables, me parece que no es ése el camino adecuado para entenderlo. Me lo sugiere la

actitud de quienes deben crecer en un mundo como el actual, donde la precariedad se ha hecho norma para los más, y –en actitud semejante a la que en ese momento era la mía– no sólo han renunciado de antemano a extender su mirada más allá del futuro más inmediato, sino que no parecen ya advertir que con ello han renunciado a algo importante; quizá la clave se encuentre más bien en el apotegma de Marx, según el cual la humanidad sólo percibe como tales los problemas que se considera capaz de resolver.

Nada refleja mejor hasta qué punto ese problemático proyecto dominaba entonces mi horizonte que el relieve incomparable que conserva en mi memoria el descubrimiento de Braudel, que ya entonces viví como lo más importante que me ocurrió en esa etapa. Fue ese descubrimiento el fruto de una feliz casualidad; yo pasaba entonces algunos fines de semana en casa de mi abuela en Adrogué, y solía visitar en esas ocasiones a José Luis Romero, quien en una de ellas me mostró el ejemplar de la recién publicada tesis sobre el Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II que le había enviado su autor (quien lo había conocido en la visita a Buenos Aires que había hecho desde San Pablo, donde había sido profesor visitante por un par de años a partir de 1947) y que, en vista del interés que me había despertado, se ofreció a prestarme. Recuerdo el deslumbramiento con que empecé a leerla en el tren de retorno, que sólo puedo comparar con el que de chico me causaban unas estampas en semirrelieve importadas de Alemania, que llamábamos entonces “figuritas de verdad”. ¿Qué quería decirse con esa expresión? Simplemente que cuando presentaban a un tigre abalanzándose sobre su presa ofrecían una imagen totalmente fidedigna y también totalmente exhaustiva de ese tigre, y cuando descubrí *La Méditerranée* me pareció que lo que esas figuritas habían sido capaces de hacer para tigres y otras fieras Braudel lo acababa de hacer para el mundo.

Escribí sobre eso un artículo que publicó *La Nación*, y que cuando envié a Braudel motivó una respuesta que no había esperado tan entusiasta (todavía bastantes años después, refiriéndose a la publicación de su tesis, iba a recordar que sólo “un joven historiador argentino de origen judío” –que venía a ser yo– había entendido entonces lo que había intentado hacer en ella). Supongo que parte de ese entusiasmo se debía a que la escuela de los *Annales* arrastraba desde su origen la convicción de que estaba siendo implacablemente marginada por los que sus

integrantes llamaban simplemente *les autres*, los otros (lo que todavía en ese momento tenía algún asidero, aunque ya muy escaso, en la realidad), y que fue eso lo que le hizo apreciar aún más el inesperado espaldarazo que le llegaba de la remota Buenos Aires.

Naturalmente al recibir esa fervorosa respuesta me sentí mucho más halagado que lo que él lo había sido por la lectura de mi artículo. Desde mi vuelta de Italia había pensado de modo bastante vago en encontrar manera de pasar un año en Francia, pero ahora decidí que debía hacerlo tan pronto como me fuese posible, desde luego que para trabajar con Braudel. Me presenté con ese propósito a las becas que ofrecía el gobierno francés, pero para entonces ya se había agregado al jurado un representante de nuestro Ministerio de Relaciones Exteriores, quien hizo notar que había en la Argentina historiadores perfectamente competentes para ofrecerme la guía que yo iba a buscar a Francia, y la consecuencia fue que esta vez mi estadía ultramarina, para la que sólo contaba una vez más con los muy limitados recursos de mi familia, iba a estar marcada por la más extrema austeridad, ya que sólo para el pasaje pude beneficiarme con la tasa de cambio oficial. Partí a fines de septiembre de 1952, esta vez en la totalmente atestada tercera clase del gigantesco *Giulio Cesare*, que en dos semanas me dejó en la rada de Cannes, donde comencé mi experiencia francesa arrastrando por la desierta estación de ferrocarril bajo la mirada irónica de los changadores el baúl que había traído en taxi desde el puerto, y después de despacharlo anticipadamente en el tren nocturno a París dediqué varias horas a caminar por la costanera bajo el frígido sol de ese tardío otoño. Temprano en la mañana siguiente llegué a la Gare de Lyon, desde donde un taxi (el segundo que tomaba en Francia, cosa que empezaba a preocuparme), luego de atravesar unas cuantas calles en sombras me dejó en un hotel que –como sabía perfectamente– era urgente que encontrara modo de abandonar lo más rápidamente posible. A las once estaba en el seminario de Braudel, que me dijo que fuera por la tarde a su despacho, entre otras cosas para hablar de mi alojamiento. Allí me advirtió que por nada del mundo debía aceptar alojarme en el pabellón argentino de la Ciudad Universitaria, al que describió como un peligroso nido de víboras, y procedió a darme una carta para una vieja amiga suya, funcionaria de la Cité, en la que le pedía que me encontrara lugar en algún pabellón francés, para que pudiera familiarizarme más rápidamente con el idioma. La amiga resultó ser una encan-

tadora señorita ya mayor, quien después de felicitar me por mi excelente francés me instaló en la Maison des Provinces de France, compartiendo cuarto con un muchachito oriundo del Franco Condado, que comenzaba sus estudios de derecho y gozaba de los privilegios de los adoptados por la Nación (que, salvo el de comprar a mitad de precio los ya absurdamente baratos tickets de comida, nunca pude descubrir en qué consistían) porque su padre había sido fusilado por error después de la Liberación, y me iba a tratar muy ceremoniosamente, hasta que dos meses después mi protectora me consiguió lugar en un muy codiciado cuarto doble, esta vez en compañía de un muchacho judío alemán refugiado desde chico en el Uruguay, estudiante avanzado de Biología, y ardiente partidario de la fracción del batllismo que, capitaneada por Luis Batlle, sobrino del fundador epónimo, rivalizaba con éxito con la que tenía por caudillos a los hijos de éste.

En la Cité había frecuentes manifestaciones que rozaban el motín para protestar por la cantidad y calidad de la comida, a las que el veterano diplomático André François-Poncet, presidente del comité que la gobernaba, que tras haber lidiado desde sus embajadas con Hitler y Mussolini se veía reducido a lidiar con nosotros, respondía con comunicados en los que, después de proclamar una vez más que la dieta que nos ofrecían los restaurantes de la Cité era equilibrada y completa, nos aconsejaba que a pesar de ello nos aseguráramos mejor de no caer víctimas de una avitaminosis complementándola con dos vasos diarios de leche y una variedad de frutas frescas. Simone de Beauvoir anota en sus memorias cómo, relejendo su correspondencia del tiempo de la ocupación, descubrió qué lugar central había ocupado en ella el tema de la comida, y lo mismo ocurría ahora en nuestras conversaciones; yo perdí peso hasta tal punto que Daniel Devoto (que estaba trabajando con Marcel Bataillon y una vez doctorado iba a quedarse definitivamente en París), en uno de los retornos a pie que a menudo compartíamos desde la Biblioteca Nacional hasta la Cité me sugirió que siguiendo su ejemplo hiciera el sacrificio de rebajar lo no mucho que todavía me faltaba para poder solicitar el certificado de pretuberculoso que a él le permitía con el mismo ticket comer según su hambre en restaurantes especiales donde los vasos de leche gorda eran de rigor. Descubrí que no estaba lo bastante desesperado para seguir su consejo y pronto, recurriendo en cambio a los deliciosos *chaussons*, una suerte de empanadas de hojaldre rellenas de manzana cocida que se compraban muy baratas

en las panaderías de barrio y aunque escasamente nutritivas eran de digestión laboriosa, logré que se atenuara hasta casi desaparecer esa permanente sensación de hambre que en el comienzo me había obsesionado.

Y por otra parte esas modestas adversidades se me hacían más fáciles de soportar no sólo porque las sabía temporarias, sino quizá más aún porque las prestigiaba la memoria de las que habían afrontado las muchas generaciones de famélicos peregrinos que por siglos habían acudido a ese rincón de París en busca de la sabiduría, y por esa razón venían a ofrecer un telón de fondo particularmente adecuado para la experiencia que estaba viviendo en la sexta sección de la École Pratique, que esta vez llenaba con exceso mis expectativas. Cuando me presenté en el seminario de Braudel, que entonces se reunía, como todos los de la sexta sección, en el edificio de la Sorbona, después de darme las indicaciones prácticas que ya mencioné, se lanzó a una descripción entusiasta de las *Relaciones topográficas* que en tiempos de Felipe II habían reunido un riquísimo material descriptivo acerca de las ciudades, villas y lugares del reino de Castilla, que le trajeron de inmediato a la memoria una empresa parecida que hacia esas mismas fechas había sido acometida en la *Chine des Ming*. No advertí entonces qué honor me confería al abordar ese tema, que –juzgando sin duda que reflejaba bajo la mejor luz posible la amplitud de su mirada histórica, que así le permitía desplazarse al capricho de sus libres asociaciones de ideas de un extremo al otro del macizo euroasiático– pronto iba a descubrir que reservaba para las visitas de personajes a los que le interesaba impresionar favorablemente. Luego de esa autopresentación tan breve como deslumbrante volvió a discutir la explicación de textos a cargo de uno de los estudiantes del seminario, que lo había tenido ocupado hasta mi llegada, y el modo como lo hizo me convenció aun más de que en él había encontrado a alguien formidable en todos los sentidos del término, hasta tal punto que cuando me anunció que en la reunión siguiente me iba a traer un texto para que lo explicara dos semanas más tarde logró quitarme el sueño por tres semanas.

Por la tarde me preguntó a qué otros seminarios me proponía asistir, y me advirtió que si participaba en el de Pierre Vilar no podía hacerlo en el suyo; por suerte pude contestarle que no tenía la menor intención de hacerlo, sin decirle que la razón para ello era que hasta ese momento ignoraba hasta la existencia misma de Vilar. Cuando le declaré mi propó-

sito de asistir a los dos cursos que Marcel Bataillon ofrecía en el Collège de France, me manifestó su beneplácito, no sin advertirme que a su juicio Bataillon (quien había estado siempre muy cercano a los *Annales* y era su amigo desde que ambos habían coincidido como profesores en la universidad de Argel) *ne vous developpera dans le sens de votre force, mais de votre finesse*, y me inspiró una gran tranquilidad reconocer tras esa apenas velada advertencia del hombre a quien tanto admiraba su firme decisión de retenerme en su hueste, cuando yo no aspiraba a nada mejor que eso.

Me comunicó a la vez que había decidido poner a Ruggiero Romano, a quien describió como su *quasi-fils*, a cargo de orientarme cotidianamente en mis actividades y lecturas, y ésa iba a revelarse una excelente decisión. Como descubrí de inmediato, ese *quasi-fils* no se parecía en absoluto a su cuasi-padre; era un siciliano de temperamento volcánico, que me invitó de inmediato a cenar a su casa (algo que, como iba pronto a descubrir, no está en las costumbres del país que me hospedaba) donde, mientras la encantadora Mariolina, entonces su mujer, alimentaba mi insaciable apetito (estaba en los primeros días de mi penosa adaptación a la dieta alabada por François-Poncet) con porciones crecientes de *quiche lorraine*, Ruggiero –tras declarar que no entendía cómo un tipo de aspecto inteligente como yo había podido perder tanto tiempo con Maturi– procedió a contarme su carrera italiana, en la que había comenzado por moverse cada vez más a la izquierda dentro del fascismo, hasta que cuando se había producido ya la invasión de África del Norte y comenzaba a apreciar mejor la sabiduría de su padre (un magistrado anacrónicamente apegado a su fe liberal quien, ante la euforia por él desplegada en el momento de mayor triunfo del régimen, le había advertido que lo único seguro en esa materia era que el fascismo, que desde su origen había sido basura, estaba destinado a terminar en la basura, y rogado que se cuidara si no quería terminar allí él también), temió que con su expulsión del partido por extremismo fascista, que –como le explicaron quienes se la infligieron– aspiraba a lograr que los vencedores le impusieran las sanciones que el moribundo régimen no podría ya implementar, comenzara a cumplirse la profecía paterna. No iba a ocurrir así, y en cambio después de una etapa en el Instituto Histórico fundado en Nápoles bajo el patrocinio de Croce, Braudel lo reclutó para la sexta sección.

Cuando yo lo conocí era un comunista fervoroso, aunque conservaba una memoria suficientemente viva de sus pasadas experiencias para no

entrar en el partido. Estaba realmente convencido de que en la Unión Soviética se estaba forjando una nueva civilización (una vez, cuando cruzábamos Les Halles, el viejo mercado de abasto hoy demolido, me señaló con indignación un cajoncito de frutillas que se pudrían en el suelo en medio de la indiferencia general, y me aseguró que ese vergonzoso espectáculo hubiera sido impensable en la Unión Soviética, sin imaginar siquiera hasta qué punto y por qué razones tenía razón), pero a la vez mantenía una férrea lealtad a Braudel, ferozmente atacado en ese momento por *La nouvelle critique*, el órgano ideológico del Partido, que no se cansaba de denunciarlo como el paradigma viviente del *historien marshallisé*. (Había sido ésa sin duda una de las razones para el veto que interpuso a mi eventual presencia en el seminario de Pierre Vilar, quien no intervenía en esa campaña, pero cuya obra era exaltada en ella como el antídoto ortodoxamente marxista-leninista contra la orientación antinacional que Braudel era acusado de introducir en la historiografía de la temprana modernidad.) Porque los comunistas, que hacía ya más de una década habían decidido que jamás reincidirían en el error de ceder el monopolio del patriotismo a la derecha, no sólo se envolvían para esa campaña en los colores nacionales, sino que en el curso de ella habían establecido una alianza que –para decirlo en su lenguaje– había dejado ya de ser meramente objetiva con los historiadores tradicionales que continuaban cada vez con menor fortuna su batalla contra los avances de la escuela de los *Annales*, hasta tal punto que ahora *La nouvelle critique* celebraba junto con Vilar a Pierre Renouvin, un historiador diplomático cuyos puntos de vista coincidían tan perfectamente con los sostenidos a lo largo del entero siglo XIX por el Ministerio de Relaciones Exteriores francés que según se aseguraba éste le había abierto los más secretos tesoros de sus archivos, seguro de que habría de hacer buen uso de ellos, lo que –de nuevo a juicio de *La nouvelle critique*– lo mostraba imbuido de ese patriotismo a toda prueba que hubiera sido vano esperar del autor de *La Méditerranée*.

Hay que decir que no sólo en ese episodio el comunismo francés se revelaba aún más alejado del italiano que el que siempre había conocido en la Argentina. Durante mis meses de París el retorno a Francia de su jefe Maurice Thorez, recibido con desbordantes manifestaciones de devoción idolátrica por sus partidarios, fue seguido de la anticlimática revelación de que su segundo, André Marty, no había sido nunca el legendario amotinado del Mar Negro, celebrado hasta la víspera como autor

de la hazaña que había contribuido decisivamente a salvar a la naciente Unión Soviética de la amenazada intervención externa, sino un veterano confidente policial que por cuarenta años había logrado ocultar sus vergonzosos manejos no sólo a sus demasiado confiados camaradas, sino incluso a su propia esposa, que agradecía ahora al Partido que le hubiera revelado por fin todo lo que su culpable ceguera le había impedido ver hasta ese momento.

Es cierto que lo que ocurría entonces en la Unión Soviética invitaba a acentuar aún más los motivos melodramáticos siempre presentes en las fantasiosas revelaciones que solían seguir a cualquier cambio en el equilibrio de influencias en la cúpula del partido francés. No podía ser de otro modo cuando de Moscú llegaba primero la noticia de que unos asesinos de guardapolvo blanco que integraban el servicio médico del Kremlin acababan de ser sorprendidos cuando estaban a un paso de exterminar a buena parte de la alta dirigencia soviética, sólo para ser sustituida pocas semanas después (y cuando habían transcurrido aún menos días desde la muerte de Stalin) por la de que los supuestos asesinos habían sido en cambio inocentes víctimas de una atroz calumnia, y esta última era seguida a su vez muy rápidamente por la del descubrimiento de nuevos traidores, ahora entre quienes desde la cima de esa dirigencia se disputaban la herencia vacante.

Pero si en el horizonte en que me movía en Francia el comunismo tenía un lugar muy distinto del que había conocido antes en Italia, ello se debía menos a la aparición de los primeros síntomas del ingreso del movimiento comunista mundial en la etapa que aún no se adivinaba destinada a culminar en su crisis final que a todo lo que hacía al partido francés distinto del italiano. Mientras Gramsci había visto como una asignatura pendiente la maduración en Italia de una promoción de intelectuales orgánicos surgidos del seno mismo de las clases subalternas, Francia había contado con ellos desde 1789, como bien a su pesar había descubierto Marx cuando su despectiva liquidación de las rapsodias económicas y filosóficas de ese mero aficionado que era Proudhon no logró socavar en lo más mínimo el ascendiente que éste había ganado entre sus compatriotas. Aunque ahora el comunismo francés había comenzado a encontrar también catecúmenos en las cumbres del mundo científico o artístico, y gustaba de incluir en sus folletos de propaganda los retratos de esos ilustres adherentes, contando con que la presencia en sus filas de esas figuras rodeadas de uni-

versal admiración le ayudaría a extender su influencia más allá de los sectores populares, ello no impedía que al definir sus posiciones en los campos en que éstas habían sobresalido no se esforzara en absoluto por hacerlo en términos con los que podían coincidir sin esfuerzo, y esperaba por el contrario de ellas que se ajustaran con la misma docilidad de sus camaradas más oscuros a las directivas provenientes de quienes tenían autoridad para impartirlas.

A eso se debió que el más sonoro de los ecos que encontró en Francia la muerte de Stalin no fuese el de los hermosos versos que ella inspiró a Paul Éluard sino el estruendoso suscitado por la resistencia de Pablo Picasso a desplegar el arrepentimiento que se esperaba de él luego de que se le señaló hasta qué punto al trazar el retrato póstumo que ofreció en homenaje a la memoria del Padre de los Pueblos se había alejado de los cánones preconizados por el Partido en el campo de las artes plásticas. Pero es quizá más relevante aquí recordar otra de las consecuencias de la distinta inserción de los dos partidos en sus respectivas sociedades nacionales, cuya huella puede descubrirse sin esfuerzo en las memorias de Simone de Beauvoir, que nos recuerdan que mientras Sartre y su compañera encontraron entre los dirigentes del comunismo italiano a más de uno de los ultra-sofisticados amigos con quienes iban a compartir tantas noches romanas, aun en la etapa de su trayectoria en la que se identificaron de modo militante con las posiciones del comunismo francés, fueron mantenidos por los dirigentes del partido a una distancia que por su parte no se esforzaron por acortar, y que no les impidió mientras se mantuvieron en ella apoyar con la máxima vehemencia las posiciones de la Unión Soviética en el marco de la Guerra Fría.

Era ésta una postura en el fondo análoga a la de quienes en el entorno en que me movía en París unían la fe en la causa comunista con la fe en Braudel, entre ellos no sólo Ruggiero y su compatriota Alberto Tenenti, sino el portugués José Gentil da Silva, que iba a ser en Francia mi amigo más cercano, quienes hubieran querido creer que ésa era también la del maestro, invocando para ello argumentos no siempre convincentes (así Ruggiero gustaba de ofrecer, como testimonio que hubiera debido cerrar toda discusión, su recuerdo de una noche de comienzos de la guerra coreana cuando Braudel había escandalizado a los parroquianos de La Colomba, el elegante restaurante veneciano, con su grito de *Vive la Corée du Nord!*). Se notará que todos ellos eran extranje-

ros que por iniciativa de Braudel habían encontrado hospitalidad en la sexta sección, lo que hacía que en el subtexto de las denuncias de *La nouvelle critique* acerca de su deficiente patriotismo estuviera presente el recuerdo de todas esas posiciones que hubieran podido –y sin duda debido– ocupar buenos franceses. (Mientras Braudel no negaba que su prejuicio favorable a los extranjeros debía mucho al rechazo que le inspiraban el empaque y el vacío formalismo que achacaba a sus compatriotas, quienes no lo querían bien atribuían en cambio esa preferencia a que los extranjeros a quienes favorecía, que sólo contando con su favor podían sobrevivir en medio de la hostilidad de aquellos cuyo territorio habían venido a invadir, le garantizaban una lealtad aún más segura que la de los más fieles discípulos que hubiera podido reclutar entre esos compatriotas.)

Es entonces fácil imaginar qué reacciones podía provocar que Braudel proclamara a cada paso a Ruggiero su *quasi-fils*, lo que sugería el implícito reconocimiento de un derecho de sucesión, y por mi parte debo sacar ventaja de esa facilidad, ya que nunca pude ir más allá de imaginarlo, como integrante fugaz que fui de un círculo que apenas tenía contactos con el resto del personal de la sexta sección, lo que hizo que durante mi estadía no sólo no alcanzara a conocer personalmente, sino que ni siquiera recuerdo haber oído mencionar, a Emmanuel Le Roy-Ladurie o a François Furet, todavía entonces militantes comunistas de la más estricta observancia, y sólo me cruzara muy fugazmente con Jacques LeGoff, cuyo anómalo eclecticismo en materia de amistades llegaba hasta el punto de incluir entre ellas la de Ruggiero.

Aunque apoyado en esa experiencia tan limitada, no tengo duda de que los ataques de *La nouvelle critique* ofrecían en parte un eco de las reacciones que provocaba lo que el avance del prestigio y la influencia de Braudel estaba teniendo de vertiginoso. Durante quince años Lucien Febvre había anunciado a un público cada vez más escéptico que la tesis que a su discípulo tanto le costaba concluir estaba destinada a marcar un hito en la historia de la historiografía; apenas ese discípulo la presentó y para sorpresa general resultó corresponder bastante bien a lo que su maestro había anunciado, pasó a reemplazarlo tanto en la dirección de la sexta sección como en su cátedra del Collège de France, posiciones ambas que habían quedado oportunamente vacantes al llegar Febvre a la edad del retiro, y –lo que era aún más alarmante– el empuje con que seguía adelante sugería que esas dos conquistas que sue-

len coronar una carrera en su caso sólo habían puesto los cimientos sobre los cuales se preparaba a construir un imperio mucho más vasto.

Eso era en efecto lo que iba a hacer, y su éxito en esa empresa ha dejado como huella monumental el edificio de la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* (tal el nuevo nombre que recibió la sexta sección al ser desgajada de esa creación del Segundo Imperio que es la *École Pratique*), erigido en el hueco dejado por la demolición de la prisión de *Cherche-Midi*, sobre el *bulevar Raspail*, que él iba a gobernar hasta su retiro desde su residencia en el *pent-house* que corona el edificio. Y aquí puedo agregar sin ninguna vacilación, ya que hablo por experiencia directa, que nadie que lo hubiera conocido podría sorprenderse de que lo lograra. Aunque su presencia no tenía nada de imponente (al verlo por primera vez le encontré un inesperado parecido con el actor británico *Claude Rains*, especializado en personajes siniestramente insinuantes que tenían muy poco en común con el que él encarnaba), ello no impedía que se reconociera de inmediato en él a alguien que como historiador, pero también como empresario de historia, ofrecía los materiales para una de esas figuras monumentales que poblaron la imaginación de *Balzac*.

Sin duda no hubiera podido desempeñarse con tanta eficacia de no haber contado con el peculiar contexto institucional en el que esas actividades se desenvuelven en Francia. En la Universidad como en el Consejo de Investigaciones la relación entre el *patron* (vocablo que designa al patrono pero también en este caso al patrón en el sentido más duro del término) y sus discípulos-clientes era el vínculo básico que aseguraba la cohesión interna de las mínimas unidades englobadas en una y otra institución. Y al despojar a ese vínculo de la ceremoniosa distancia que solía envolverlo en Francia, *Braudel* lograba dotarlo a la vez de una más rica dimensión afectiva, que estrechaba aún más el que a él nos ligaba al fundarlo en algo más que en consideraciones de conveniencia recíproca, acercándolo al que en México (donde iba a descubrir luego que la vida académica sigue pautas inesperadamente cercanas a las que había conocido en Francia) rige entre el jefe y los que allí son conocidos como sus cuates, que es decir sus cachorros.

Esa dimensión afectiva establecía entre él y nosotros un vínculo modelado sobre el paterno, que lo llevaba a gastar generosamente tiempo y esfuerzos en seguir y orientar nuestros trabajos, y cuando lo juzgaba necesario en agregarles anónimamente lo que les faltaba para redondear-

los a su satisfacción (a eso aludía maliciosamente la reseña dedicada por una revista británica a la recién publicada tesis que Frank Spooner había completado bajo su dirección, cuando felicitaba a ese compatriota por el magistral manejo de la prosa francesa que había desplegado en su deslumbrante introducción, lamentando tan sólo que no hubiera sido capaz de mantenerlo en el cuerpo de la obra), pero que a la vez, del mismo modo que el que los patriarcas imaginados por Hobbes imponían a sus familias, demandaba de nosotros una lealtad sin límites. Hay que agregar en honor de Braudel que la lealtad así exigida era estrictamente personal y no se extendía a las conclusiones incluidas en su vasta obra; así lo prueba el apoyo que en momentos críticos siguió prestando al muy discutido Michel Morineau, cuyos estudios acerca del impacto del tesoro americano en los cambios de coyuntura económica de la temprana modernidad amenazaban socavar las bases mismas de la reconstrucción por él ofrecida en *La Méditerranée*, pero a quien no por eso dejaba de considerar un aliado en el combate contra la insalvable mediocridad de *les autres*.

Esa relativa indiferencia por el futuro de sus muy variadas contribuciones a la reconstrucción del pasado se apoyaba en una imagen muy justa de lo que hacía su fuerza como historiador. Cuando alguna vez dijo celebrar sobre todo en Marx la riqueza de su fantasía creadora, que le hacía imaginar constantemente nuevos modelos, a los que lanzaba a navegar como otros tantos navíos en el río del tiempo, a sabiendas de que muy pocos de ellos iban a superar esa prueba, creo que describía mejor su *modus operandi* que el del autor de *El Capital*. Del mismo modo, cuando entre otras malignidades decía de Pierre Vilar que sólo gracias a su enorme inteligencia había logrado que no se notara que en toda su vida no había tenido ni una sola idea que pudiera de veras llamar suya, creo que contrastaba el más prudente estilo intelectual de Vilar con el suyo propio, que hoy encuentro muy parecido al que luego me pareció descubrir en Sarmiento; en ambos se asiste a un constante chisporroteo de ideas lanzadas, más que como navíos, como luces de bengala que no siempre lograrán arrojar algo más que una luz insegura, pero que cuando lo logren la imagen que habrán revelado alcanzará una incomparable riqueza y un relieve excepcional.

Apenas llegué recurrí a Braudel en relación con la preparación de mi tesis doctoral, en la que había convenido con don Claudio en que tomaría por tema a Pedro Mártir de Anglería, el temprano historiador de

la conquista, con cuyas *Decades de Orbe Novo* (Décadas del Nuevo Mundo) me había familiarizado en Buenos Aires y, aunque no había tenido allí acceso a su *Opus epistolarum*, me había interesado enterarme de que en esas cartas latinas acerca de sucesos corrientes Pedro Mártir concediera mucho espacio a los temas ampliamente explorados por Baillaon en su *Érasme et l'Espagne*. Cuando presenté a Braudel esa elección como un hecho consumado, sin ocultar su escaso entusiasmo por el tema me sugirió que podría encontrar modo de hacerlo más interesante si rastreaba en las Décadas la huella de las que llamó *cassures* –queiebras– del humanismo, originadas por la expansión creciente del mundo conocido, que hacía cada vez más difícil acomodar en los cánones heredados de la antigüedad clásica la presentación de realidades descubiertas en tierras que no compartían su legado. Más tarde reconocí tras ese consejo la presencia de una de esas rápidas y seguras intuiciones que pocas veces faltaron a Braudel; pude hacerlo ya unos pocos años después, cuando la perspectiva que entonces me propuso comenzó a ofrecer inspiración a una muy vigorosa corriente de estudios.

Su sugestión me hizo prestar inmediata atención al vínculo cuasi discipular de Pedro Mártir con Pomponio Leto, un humanista que había dejado una descripción de las tierras que había visitado en el sur de Rusia en la que según esperaba me sería posible encontrar un testimonio acerca de las modalidades asumidas por esa *cassure* en otra zona donde ella debió también de haber tenido lugar, y que podía ser útil comparar con el que ofrecían las Décadas en cuanto a las tempranamente exploradas en el Nuevo Mundo. Y mientras por la mañana me internaba en ese tema en la Biblioteca Nacional y la de la Sorbona, por la tarde frecuentaba la sede de la sexta sección, que entonces no tenía nada de grandioso (ocupaba medio piso en un elegante edificio de tres plantas sobre la rue de Varenne, en el Faubourg St. Germain), donde ejecutaba usando sus máquinas de calcular los muy elementales trabajos estadísticos que me había fijado Ruggiero para que me ejercitara en los métodos a los que había recurrido Ernest Labrousse en su libro sobre la crisis de la economía francesa en el tránsito del Antiguo Régimen a la Revolución, del que me había encargado también aprender de memoria las definiciones incluidas en su anexo estadístico, y allí comencé a conocer a otros estudiantes y auxiliares de Braudel, dedicados a reunir datos sobre el volumen de tráficos comerciales y movimientos de precios en esa aurora de la edad moderna.

Y tuve también mi primera prueba de fuego, cuando me tocó explicar el texto que me había proporcionado para ello Braudel, una carta comercial escrita en veneciano, un lenguaje que yo creía dominar pero que me resultó casi indescifrable en un texto que refería constantemente a frutos y mercancías cuyos nombres yo hubiera sido incapaz de reconocer en ningún idioma. Luego de horas de trabajo con un diccionario de esa lengua que había creído sin secretos para mí, me presenté a la reunión, y estaba describiendo en laborioso francés los *zenzeri beledi* que traficaba en enorme volumen el mercader autor de la carta cuando Braudel me interrumpió exclamando con impaciencia *mais voyons, c'est le gingembre baladin*, con lo que me reveló todo lo que me faltaba aprender si creía que tenía que explicar a ese público, sumergido cotidianamente en el mundo del temprano siglo XVI, qué es el jengibre baladí. Eso y que encontrara irresistiblemente cómica mi traducción de *messer* como *monsieur* me convenció de que mi presentación había sido desastrosa. Todos me aseguraron después de lo contrario, y –exitoso o no– ese ejercicio de explicación de texto que no me dejó una memoria demasiado grata me dejó en cambio una enseñanza permanente; Enrique Tandeter le dijo años después a alguien que me lo refirió que yo no uso muchos documentos, pero a los que uso no los suelto hasta haberles arrancado la última gota de sentido; si eso es verdad es una de las cosas que aprendí con Braudel, cuyas magistrales explicaciones de texto me recordaban lo que se dice de los mataderos de Chicago, que según se asegura lo único que no aprovechan del cerdo al que sacrifican es el gemido de su agonía, porque él sí hubiera sabido cómo aprovecharlo.

A esas actividades que considerábamos serias se agregaba la obligación esencialmente ceremonial de acompañar a Braudel en sus clases del Collège, donde nuestra presencia era en verdad indispensable porque no contaba con otro público propio, en un aula ocupada mayormente por las damas que querían conseguir buenos asientos para las que Maurice Merleau-Ponty, que se había hecho popular entre ellas, dictaba en el siguiente horario. Hay que decir que Braudel no ponía demasiado esfuerzo en preparar esas lecciones; una de ellas (pero fue en verdad un caso extremo) la dedicó entera a traducir a la vista del español pasajes de Ranke, el príncipe de los historiadores alemanes del ochocientos (a quien presentó como *ce Michelet un peu triste*), tomados siguiendo la inspiración del momento de la antología que de sus escritos sobre el siglo XVI había publicado el Fondo de Cultura Económica.

La ceremonia tenía su remate en la cervecería Balzar, donde Braudel nos convidaba a todos con una cerveza, y luego invitaba entre otros a Gentil da Silva y a mí a compartir el taxi que lo llevaba a la rue Monticelli, donde tenía su departamento en uno de los edificios construidos en los años de entreguerra en los terrenos liberados por la demolición de las murallas de la ciudad, al lado de los del mismo origen que ocupaba la Cité.

En medio de todo eso yo seguía adelante con mi Pedro Mártir, en el que trabajé lo bastante como para poder publicar, luego de que lo abandoné en el camino, un par de artículos en *La Nación*. A medida que avanzaba en el tema, me preocupaba cada vez más si justificaba el esfuerzo que estaba poniendo en él. Hubiera querido convencerme de que era así porque una de las razones que me lo había hecho atractivo era que versaba sobre un tema americano, lo que yo juzgaba necesario en vista de que tenía planeada una carrera centrada en esa área temática, y al mismo tiempo podía desarrollarlo bajo el patrocinio de don Claudio, lo que por las razones que ya mencioné me era aún más indispensable, y no podía encontrar otro que, cumpliendo también esas dos condiciones, me pareciera más prometedor.

Creo que el contacto con Bataillon, quien en ese momento estaba concentrando su interés en temas vinculados con el americano que yo aspiraba a explorar en mi tesis, contribuyó a que me costara descubrirle a éste mayores atractivos, ya que seguir sus cursos me resultó infinitamente menos estimulante que mi experiencia al lado de Braudel. Indiscutiblemente era Bataillon un admirable estudioso (como lo saben todos los que han leído su no menos admirable *Érasme et l'Espagne*), que –dominando como dominaba el panorama religioso de la prerreforma y temprana reforma– avanzaba con paso seguro en ese laberinto, guiado por una fina sensibilidad unida a un indefectible buen sentido, pero ello no impedía que su visión fuese esencialmente derivativa, hasta tal punto que aun cuando iluminaba vastas zonas oscuras (como en ese momento lo estaba haciendo en sus estudios acerca de la incorporación del descubrimiento del Nuevo Mundo a una narrativa de la historia universal centrada en la Caída y Redención y abierta hacia perspectivas apocalípticas, en la que tenían papel protagónico algunos cronistas surgidos de las órdenes regulares) la iluminara con luz prestada. En su gran libro erasmiano Bataillon había mencionado más de una vez “*Une question mal posée*”, el extenso artículo de Lucien Febvre sobre las razo-

nes del fracaso final de la reforma en Francia, en el que había encontrado guía para su exploración de la que no alcanzó siquiera a nacer en España, y eso hacía honor a su buen juicio, pero no impedía que lo que el lector de Febvre había descubierto acompañando una excitante exploración de un tema que, supuestamente casi agotado, se le revelaba como una vasta y fascinante *terra incognita* lo recibiera el de Bataillon transformado en una apacible sucesión de totalmente convincentes pero muy poco fascinantes verdades de buen sentido.

Después de dos meses de trabajar en mi tema con una intensidad que empezaba a tener algo de desesperado, resolví ir a hablar con Braudel para pedirle que me sugiriera otro que lograra excitarme un poco más. Sin sorprenderse demasiado, tras indicarme que el gran estudio que Henri Lapeyre había emprendido sobre los moriscos españoles no había profundizado en el de la Valencia morisca, me recomendó que revisara ese tema para ver si encontraba algo que pudiera interesarme en él, comenzando por releer las páginas que él mismo le había dedicado en *La Méditerranée*. Lo revisé, en efecto, y luego de un mes adicional me presenté en su despacho con un gigantesco mapa del reino de Valencia, que había calcado —en infinitas hojas de papel transparente toscamente reunidas con abundante uso de cinta scotch— de las secciones correspondientes del mapa de la red vial española de la empresa Esso, único disponible en la Biblioteca Nacional parisina, y en el que había registrado en círculos proporcionales a su población los lugares de moriscos (en rojo) y de cristianos viejos (en azul) a partir de los datos de un censo levantado pocos años después de la conversión forzosa de los primeros, que procedí a desplegar hasta cubrir todo su escritorio. Debo decir que su reacción ante ese despliegue de *géohistoire* en acción superó todas mis expectativas; comenzando por proclamar fascinante el cuadro que se desplegaba ante sus ojos (que según aseguraba le recordaba el de la Argelia que tan bien conocía, donde también los musulmanes sólo habían logrado conservar luego de la conquista francesa el control de las tierras pobres de los *hauts plateaux*) me confesó que en cuanto a mi futuro como historiador había llegado a tener dudas muy serias que para su alivio yo acababa de disipar brillantemente, y terminó prometiéndome que él se encargaría de obtener el subsidio que me permitiría reunir durante el verano los materiales de los archivos de la Corona de Aragón, en Barcelona, de varios de Valencia y de los nacionales de Madrid y Simancas que yo necesitaba para llevar a buen puerto mi tesis.

Comenzó así una etapa durante la cual, primero en un París en que estallaba la primavera y luego en España, trabajé con una intensidad de la que antes no me había creído capaz y que nunca logré recuperar luego. Sin duda ese ritmo frenético debía algo a que no olvidaba ni por un instante que en menos de un año, cuando volviera de Europa, tendría que llevar conmigo todos los materiales que necesitaba para completar la tesis, ya que desde ese momento iba a quedar casi totalmente aislado de mis fuentes. Pero la conciencia de que dependía de eso que pudiese realizar mi proyecto de vida no hubiera podido obrar con la eficacia con la que en efecto obró si no hubiera sentido a la vez, apenas me interné en el tema, que la imagen que estaba construyendo en la tesis era también ella comparable a la de una figurita de verdad.

Cuando partí de París tenía ya centenares de fichas tomadas de las fuentes directamente relevantes para mi tema que se encontraban en su Biblioteca Nacional, y que eran en verdad casi todas las que necesitaba, y eso me daba confianza de que los tres meses que planeaba pasar en España me iban a ser suficientes para recoger en sus archivos una cosecha que esperaba bastante más abundante. Así llegué a Barcelona, con un tiempo gris que hacía aún más deprimente el espectáculo de una ciudad en la que se sentía gravitar el legado de la guerra terminada doce años antes mucho más pesadamente que en Turín el de la concluida en 1945. Lo hacían inmediatamente perceptible los múltiples testimonios de una pobreza decorosa y ordenada que era en Barcelona la de una ciudad toda ella venida a menos, muy distinta de la miseria que, desplegada sin recato alguno, iba a descubrir en más de un rincón de Valencia, donde no había cesado de imperar desde que en el reino valenciano habían vivido moriscos; pero no se tardaba en descubrir que detrás de la tristeza que en esos días destemplados que me tocaron en Barcelona me parecía llover de un cielo de plomo gravitaba con aún mayor peso la conciencia de que esa pobreza tan dignamente sobrellevada era parte del lote de una ciudad que, a doce años del fin de la guerra, seguía compartiendo el destino de los vencidos en ella.

Braudel me había recomendado que apenas llegado a Barcelona me esforzara por tomar contacto con Jaime Vicens Vives, quien –recientemente devuelto a la Universidad luego de un ostracismo comenzado junto con la derrota de la República– estaba promoviendo una corriente de estudios de la historia social de la España bajomedieval y moderna, desde luego apenas tolerada por el régimen y contemplada con pro-

funda alarma por aquellos de sus colegas que en ese nuevo marco político ejercían influjo dominante en las universidades y en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas creado por el nuevo régimen, y en quien Braudel admiraba al paladín de un heroico combate contra una variedad particularmente siniestra de *les autres*. No encontré en Barcelona a Vicens (que estaba aprendiendo rápidamente a usar en su defensa el prestigio creciente que su grupo estaba conquistando más allá de las fronteras españolas, y para irritación de esos colegas, que no habían esperado verse tan pronto en situación de envidiar a quien habían exitosamente marginado por más de una década, pasaba con creciente frecuencia breves temporadas en ilustres centros transpirenaicos vedados a éstos), pero sí a su colaborador Juan Reglá, que como me enteré entonces se había ocupado ocasionalmente del tema morisco y fue el guía que me permitió cosechar en breve tiempo lo que más urgentemente necesitaba llevar conmigo de las vastas riquezas del Archivo de la Corona de Aragón.

Encontré a él y sus amigos muy excitados porque *Destino*, el semanario de nombre joseantoniano fundado en 1939 por los que acababan entonces de conquistar Barcelona, había publicado en esos días un breve artículo de Dionisio Ridruejo titulado –si la memoria me es fiel– “La culpa, a los intelectuales”. No percibí entonces hasta qué punto tenían razón, porque –para decirlo en lenguaje de Churchill– que hubiese sido posible publicar ese breve artículo (en el que el poeta a quien se debían los versos iniciales de la letra de *Cara al sol*, el himno de Falange, subversivamente sugería que si, por ejemplo, los campesinos andaluces se quejaban con cargosa insistencia de la situación en que se encontraban no era porque alguien les hubiera metido en la cabeza que ella era insoportable, sino porque efectivamente lo era) no anunciaba el fin, ni siquiera el principio del fin, pero sí el fin del principio de la calamidad que sufría España.

Es verdad que para percibirlo era necesario haber vivido años en el inmovilismo total de los que el editor Carlos Barral iba a llamar en sus memorias los años de penitencia abiertos en 1939, ya que para quien viniese de afuera el clima penitencial podía parecer tan opresivo como el primer día. En Barcelona se lo leía en los diarios, que anunciaban todos los días nuevas bodas bendecidas en la Barceloneta con el patrocinio de la Sección Femenina de Falange entre parejas de anarquistas hasta entonces recalcitrantes (cuando pregunté a los amigos de Reglá cómo los

pobrísimos y oprimidos habitantes de ese rincón de miseria habían podido resistir tantos años, la respuesta fue que habían depuesto ya hacía mucho toda resistencia, pero como la Sección Femenina recompensaba ese gesto piadoso con regalos de enseres domésticos estaban dispuestos a repetirlo cuantas veces se lo solicitasen), pero ello no impedía que el tono de los comentarios que me tocó oír sobre la actualidad española fuese en Barcelona tan desenfadado como el de los que podían oírse en el instituto de don Claudio sobre la argentina.

Me bastó llegar a Valencia (con varias horas de retraso respecto del horario previsto, no debidas a ningún accidente sino a que el tren había decidido avanzar durante ellas a paso de hombre entre los monótonos naranjales de la plana de Castellón) para advertir que había entrado en otro mundo. Braudel ya me había prevenido que lo primero que iba a notar en España era que allí los ricos eran más gordos que los pobres, mientras en Francia había comenzado a ocurrir lo contrario desde que a partir del siglo anterior los pobres habían comenzado a comer según su hambre y ya en el presente los ricos habían adoptado no sin sacrificio un nuevo ideal de esbeltez corporal. Pero en Barcelona, aunque eran pocos los que tenían un aire saludable, esa diferencia resaltaba mucho menos que en Valencia, donde, tal como me había anticipado Braudel, la escuálida muchedumbre que poblaba la calle no hubiera podido ofrecer un contraste más nítido con los caballeros de prósperas curvas que la veían pasar desde los balcones del Casino. Pero aún más saltaba a la vista en la ciudad del Turia la obsesiva presencia en la calle de una muchedumbre de ciegos, lisiados y deformes que sólo décadas más tarde la sociabilidad posmoderna volvería a rescatar como a minusválidos de la penumbra en que los había relegado una modernidad que no sólo en este aspecto en 1953 no había llegado todavía a Valencia.

Sobre ese trasfondo que recordaba los de algunas escenas sevillanas pintadas por Murillo iba pronto a descubrir el peso abrumador de otros rasgos aún más acusadamente premodernos. En la ciudad se publicaban dos diarios, *Las Provincias*, del arzobispado, y *Levante*, de Falange. Casi todos preferían el primero, y cuando yo también empecé por comprarlo pude descubrir en sus columnas que si las democracias occidentales no actuaban con la energía que hubiera requerido la gravedad alcanzada por el peligro comunista era porque no habían advertido aún que el comunismo no era sino el más reciente disfraz bajo el cual la ma-

sonería continuaba la obra de destrucción que le había encomendado el Príncipe de este mundo. Pero los dilemas del presente que el diario encaraba con ese sesgo decididamente pasatista debían por añadidura ceder buena parte del espacio de su primera página a la del Año Cristiano donde la vida del santo del día era narrada con lujo de detalles en una versión que ignoraba decididamente los esfuerzos que los bolandistas habían desplegado desde el siglo XVII para despojar a la Leyenda Áurea de elementos legendarios, y bastaba volver la página para descubrir que el estilo de piedad contra el cual un siglo antes había ya roto lanzas Erasmo sobrevivía vigorosamente en la región, reflejado por ejemplo en los anuncios en los cuales no menos de cinco capillas de lugares de la huerta valenciana se proclamaban depositarias del Santo Grial (el único rasgo moderno provenía de la de Almusafes, que usando uno de los recursos preferidos por los *hidden persuaders* de Madison Avenue ofrecía como prueba irrefutable de la autenticidad del suyo que cobrara una entrada varias veces más cara que las de sus rivales). Luego de unos días de lecturas edificantes me pasé al diario de Falange, que según era fama sólo leían los funcionarios del Movimiento, y que dedicaba una generosa proporción de su espacio a una suerte de página social protagonizada por sobrevivientes del nazismo y la colaboración, en la cual la noticia de que la viuda y la hija del mariscal Goering habían sido aclamadas durante una visita a una fábrica de Munich alternaba con una deslumbrada evocación del salón muy parisino de la condesa de Chambrun, hija del ilustre mártir Pierre Laval, pero que por lo menos se ocupaba del siglo XX.

Confirmando la impresión derivada de la lectura de *Las Provincias*, Valencia ofrecía entonces el espectáculo algo anacrónico de una multitudinaria devoción colectiva que no había encontrado en Barcelona, y que los domingos obligaba a las iglesias a dejar sus puertas abiertas para que un público que las desbordaba pudiera seguir la misa desde la calle. Luego de poco tiempo comencé a entender mejor qué mecanismos habían entrado en acción para hacer posible ese milagroso renacer de la fe en una de las ciudades más republicanas de España; me resultó en este punto particularmente esclarecedora la visita al archivo, un lunes por la mañana, de un matrimonio maduro y elegantemente vestido cuya manera de plantarse como dueños del suelo que pisaban me permitió ya reconocer en sus integrantes a un par de herederos de la victoria de 1939. El secretario del archivo, un diminuto y muy simpático jo-

robadito que en los hechos lo dirigía durante las casi permanentes ausencias del director, y según era fama había logrado a duras penas retener su cargo en ese mismo 1939, tras saludarlos en el tono más deferente, les anunció que el día anterior los había visto en misa, agregando que probablemente ellos no lo habían visto, porque estaban ubicados más cerca del altar, pero él sí los había visto muy bien, lo que me ayudó a entender mejor por qué un historiador amigo de Reglá, que durante la guerra había sido oficial en el ejército republicano y me había prestado libros que –como lo probaba el sello inscripto en su primera página– habían sido robados de un convento valenciano, sin duda en los caóticos primeros días del conflicto, necesitaba ahora persignarse devotamente antes de merendar un huevo frito. Y volví a descubrir esos mismos mecanismos desplegados abiertamente en acción en el balneario popular instalado por la ciudad de Valencia en la playa del Grao, donde una barrera de alambre tejido separaba el sector reservado a los varones, quienes –supongo que en homenaje a la decencia– llevaban el torso cubierto con una curiosa media pechera que se hubiera supuesto más adecuada para las mitológicas Amazonas, del abierto exclusivamente a las mujeres, a quienes, como puede fácilmente imaginarse, la decencia imponía normas vestimentarias harto más estrictas.

Décadas después iba a ser tema de discusiones entre politólogos si el régimen vigente en la España que yo conocí era totalitario o meramente autoritario, y en ellas quienes se inclinan por la segunda alternativa suelen alegar que la España franquista sólo conoció un pálido remedo de la movilización permanente de las masas encuadradas por el Estado-partido, cuya presencia es considerada indispensable para que un régimen pueda calificarse de totalitario. Aunque en mi experiencia española percibí inmediatamente la ausencia de ese rasgo, ya que contaba para ello con el término de comparación ofrecido por la Argentina peronista, que estaba adoptando con creciente entusiasmo los usos exteriores del régimen totalitario que por fortuna nunca llegó a madurar del todo en ella, pude advertir también que esa ausencia no impedía al régimen español marcar con su propio sello hasta los rincones más escondidos de la vida pública y privada de sus gobernados con una eficacia que no digamos el de Perón, pero aun el mussoliniano, que había inventado la noción misma de totalitarismo, hubiera tenido motivos para envidiar.

En parte explica esa eficacia que en esa etapa todavía el Estado y la Iglesia vivían en una simbiosis tan estrecha que es apenas exagerado de-

cir que era ella la institución que había tomado a su cargo encuadrar a las masas que debían formar en el séquito del nuevo régimen. Desde luego lo hacía a su manera y en su estilo, decididamente menos marcial que el de los espectáculos montados bajo la inspiración de Mussolini, pero quizá por eso mismo más adecuado a un país que continuaba abrumado bajo el peso de la herencia de miseria y de muerte dejada por la guerra civil. La miseria en primer término, que hacía que sólo los auxilios de la Sección Femenina de Falange, reservados desde luego a quienes se ajustaban a las pautas fijadas por el régimen, hubieran permitido a algunos entre los más desposeídos sobrevivir a los duros inviernos de la posguerra. Pero en cuanto a esto la caridad que en volumen mucho más considerable se derramaba sin ruido sobre las clases menesterosas por los innúmeros canales dominados por la influencia eclesiástica era aún más eficaz que la ruidosamente distribuida por la organización capitaneada por Pilar Primo de Rivera para imponer a sus beneficiarios el ciego acatamiento al nuevo régimen político que ofrecía el complemento natural para la aceptación también a ojos cerrados del orden social, más inhóspito que nunca en el pasado, que se exigía igualmente de ellos. Así practicada luego de un conflicto civil que en una de sus dimensiones había sido una guerra de clases, la caridad venía a recordar a los integrantes de las derrotadas en ella hasta qué punto seguían dependiendo de la siempre provisional indulgencia de las vencedoras.

La muerte era otra herencia de la guerra que el régimen se esforzaba sistemáticamente por evitar que se dispase. Mientras se hubiera buscado en vano en los muros de las ciudades españolas carteles comparables con los que por entonces decoraban los de las argentinas, y cada 18 de julio el aniversario del entonces llamado Glorioso Alzamiento Nacional sólo se conmemoraba en ceremonias cerradas al público en los patios de los cuarteles, a la derecha de la puerta de todas las iglesias españolas estaba inscrita la lista de los que en esa parroquia habían caído por Dios y por España, que a más de traer a los vencidos el recuerdo –que era en sí mismo una advertencia– de otros muertos que no podían aspirar a ser conmemorados de esa manera, los conminaba a reconocer en los nombres allí inscritos los de otras tantas víctimas de crímenes de los cuales eran también ellos parcialmente responsables, y que sólo la magnanimidad siempre revocable de los vencedores los había salvado hasta entonces de expiar tal como merecían.

En medio de tanta tristeza, en Valencia no iba a percibir como tales los primeros signos anunciadores de que España se disponía a dejar atrás sus años de penitencia. Cuando llegué me instalé en un hotel que resultó bastante elegante, donde esperaba pasar un par de días hasta encontrar alojamiento más económico en una pensión, pero que un rápido cálculo me reveló que me proporcionaba alojamiento con pensión completa por dos dólares diarios, lo que gracias al subsidio que me había gestionado Braudel estaba plenamente dentro de mis posibilidades. La consecuencia fue que durante mis dos meses de Valencia conviví en ese hotel con las primeras avanzadas francesas de la invasión del turismo europeo destinada a cambiar el rostro de la España mediterránea, cuando la irrupción de esa vanguardia estaba ya creando delicados problemas, que el gobernador civil había encarado de frente en un cartel en el que exhortaba a los valencianos a recibir a sus huéspedes con la máxima cordialidad y la más hidalga cortesía, por más chocantes que encontraran algunos de sus usos indumentarios, pero les advertía a la vez que cualquier tentativa de imitarlos sería reprimida por todos los medios que la ley autorizaba.

Disculpa mi incapacidad de ver reflejado en ese contradictorio mensaje una primera falla anunciadora de la brecha por la cual España iba a ser invadida por un futuro muy distinto de su escuálido presente que fuese muy difícil imaginarlo en una Valencia todavía sumergida en la penuria. Por la rectilínea Gran Vía Diagonal flanqueada por edificios viejos de menos de un siglo los vehículos que más se veían eran diminutos carros arrastrados por mulas y cargados con cebollas de la huerta, y en el casco antiguo eran muchas las casas que alguna vez habían sido importantes y habían decaído a tugurios, mientras en la calle Angosta de la Compañía, donde tenía su sede el archivo en la que había sido alguna vez residencia jesuítica, podía verse aún en 1953 a chicos de hasta siete años que jugaban en ella –como cuatro siglos antes los niños moriscos que por esa razón no podían ser circuncidados hasta más tarde– sin más vestimenta que una chaqueta corta de tela ligera. Y no era ése el único rasgo que sobrevivía del pasado en esa ciudad que parecía haber vuelto atrás en el tiempo, y que como había acostumbrado a hacer ya en los veranos del siglo XVI, durante el de 1953 arrendó una vez más el cauce del río, seco por el estiaje pero cubierto de pastos, a trashumantes pastores de ovejas.

En esa ciudad donde el calor se hacía cada vez más tórrido, después de pasar en el archivo las cinco horas en que estaba abierto al público

volvía a almorzar a las cuatro de la tarde al hotel, que ofrecía a sus comensales, casi todos ellos huéspedes de un día, un inmutable menú de arroz a la valenciana precedido de fiambres variados, acompañado del grueso vino tinto incluido en el precio de la pensión completa, que exigía una larga siesta, al que seguía una no menos inmutable paella, luego de la cual solía terminar mi jornada en alguno de los cines al aire libre instalados durante el verano en espacios abiertos de la ciudad, en uno de los cuales descubrí por qué el ordenanza del archivo a quien al pedir cada legajo era preciso hacer entrar en acción con un duro de propina, tenía siempre un aire tan soñoliento: hasta las madrugadas había cumplido una segunda jornada como acomodador bajo el cielo valenciano. Así pude seguir en el NODO (el noticioso oficial que precedía a cada película) el verano de doña Carmen Polo, la esposa del Caudillo y primera burgalesa de pro, cuya figura longilínea se proyectaba en esos noticiosos sobre el fondo de los más variados rincones españoles con mucha mayor frecuencia que la de su marido, precediendo a una dieta de vetustas películas de Hollywood cuyos diálogos doblados al castellano habían sido depurados por la censura con un celo que más de una vez los hacía totalmente incomprensibles.

Gracias a que día tras día y semana tras semana me atuve rigurosamente a ese uso del tiempo, cuando partí a Madrid había juntado materiales cuya abundancia todavía me sorprende cada vez que echo una mirada sobre mi tesis. Abandoné la ciudad en una cálida noche de verano, pero sólo unas horas después, mientras el agonizante tren avanzaba pausadamente por la llanura manchega, el frío inesperadamente intenso que invadía los vagones desde las no escasas ventanillas sin vidrios me preparó adecuadamente para la ciudad que iba a encontrar a mi llegada, sólo invadida en ese momento por algunas patrullas avanzadas del alud de turistas transpirenaicos que había ya encontrado en Valencia, y sumida en una miseria menos pintoresca pero apenas menos honda que la valenciana. En Madrid me iba a encontrar con Gentil da Silva y un estudiante francés conocido suyo que estaba trabajando también él en una tesis para la sexta sección, ambos instalados ya en una pensión cercana a la Gran Vía, y mientras en el Archivo Histórico Nacional hacía cosecha de procesos inquisitoriales con ellos iba a recorrer esa ciudad en la que buscábamos en vano algún rastro de los años aún no demasiado remotos en que había sido el rompeolas de todas las Españas celebrado por Antonio Machado. Aunque todavía iba a pasar

otro par de semanas en Valladolid, trabajando en el archivo nacional instalado en el cercano castillo de Simancas, es el melancólico recuerdo de las dos que pasé en Madrid el que mejor resume el de mi experiencia en España. Recordaba entonces una fotografía que en tiempos de la guerra había visto en *Crítica*; era la de una angosta callecita del viejo Madrid cruzada a la altura del segundo piso por un transparente que desafiantemente proclamaba: “El fascismo quiso aplastar a Madrid. Madrid será la tumba del fascismo”, y me parecía que esa profecía se estaba cumpliendo, y que la entera ciudad era una tumba muy española donde el fascismo seguía condenado a amojamarse para la eternidad bajo el sol y el frío de la meseta.

Me preparé entonces para volver a la Argentina, que no esperaba encontrar muy tranquila luego de una etapa convulsa que había seguido de lejos a través de las noticias en letra chica que publicaba *Le Monde* (en las que por varias semanas fue un tema recurrente la prisión de Victoria Ocampo) y crípticas cartas de mamá alusivas a otras prisiones, en las que la cárcel de Villa Devoto era mencionada como la casa de Daniel y la del Buen Pastor como la pensión de las monjas. Y efectivamente iba a encontrar a mi retorno que el país al que había dejado hundido en una quietud que quizás anticipaba la tormenta se había puesto de nuevo en movimiento, aunque era difícil predecir hacia dónde.